

Noche de San Juan

(Farsa, fábula y cuento para licántropos)

Juan García Larrondo

PERSONAJES

VOZ DEL DRAMATURGO (OGRUTAMARD).

LA MADRUGADA.

LOS NARDOS.

LAS MADRESELVAS.

LAS LUCIÉRNAGAS.

LOS GALANES DE NOCHE.

LAS DAMAS DE NOCHE.

LA MEDUSA.

LA LUNA.

JUAN.

QUITAPENAS.

SINVIVIR.

DON JUAN TENORIO.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

PARACAIDISTA PELIRROJO.

PARACAIDISTA PELIRRUBIO.

**Una vez cerradas todas las puertas, nitidísimas las
estrellas y despierto el mar de los dormidos, brillará
sobre el escenario la música azul de unos laúdes.**

**Luna Menguante... ¿qué se le va a hacer? El ya no tan
joven dramaturgo -poeta e idólatra de licántropos- canta
e irrumpe, como una flauta, en la única y silenciosa
noche de San Juan. Hay luz de planetas en sus ojos.
Suenan guitarras mágicas... tiemblan. Y la voz del
dramaturgo da comienzo a la obertura...**

VOZ DEL DRAMATURGO.-

Yabi drago og na vo i
sto drgigo bongano sto.
neka dolle ragiibooooi
mmmmmmm...
mmmmmm...
mmm...
m...

¡Un silencio de amor! Por favor... ¡Un momento sólo! Amor... al poeta. Amor a las canas, a los cristales y a los lunares de los profetas. Amor en un instante. **(Tina)** ...Yabambám bám bababababám bam bababám ... En noches como esta, el dramaturgo -¡Dios, qué palabra!- dramaturgo. Suena a murmullo, a quitapenas o a sabiomoño, o será al revés... ¿ogrutamarD? ¡Pues sí! ¿Por qué no? ¡También amor al ogrutamarD! En esta noche, les empezaba ahora a decir... En esta noche única de San Juan, el autor propone a sus, se supone, semejantes presentes que, a partir de hoy, de ahora mismo, quede por inaugurada una nueva tradición teatral: la de representar, todas las noches como esta, la comedia que a continuación podrán admirar: ¡La increíble historia de Juan Sin Miedo!

(Música de los adentros.) El dramaturgo hubiese querido ser aquí poeta, en honor de todos los dramaturgos poetas muertos pero, por ser la noche de no tener miedos, ha querido que de todos sea también conocida su manera de amar los dramas de otros tiempos, de otros caminos, de otras noches de Luna... Y su amor a la vida entera, que él, como cualquier mortal, se sabe muerto y desamado. Quede, no obstante, hecha esta última acotación por expreso deseo del dramaturgo **(Que no de todas mis libertades como poeta)** y concluida mi obertura.

(Ahora es una guitarra con aires de violín.) ¡Bueno! ¡Ya les he dicho lo que estaba en los Escritos! Así que... no les entretengo más y... y... **(¿Por qué no le comprenden? ¿Por qué han de tener prisas?)** ¡Exactamente! ¿Por qué tienen prisas? ¿Acaso quieren echar humos por la boca como los dragones? ¡Les aseguro que yo, en este momento, daría todo por un cigarrillo! Uno de esos que saben a tarde de amigos o a noche de inspiración... ¡Ay! ¡Qué paciencia! Yo sí que tengo paciencia...

(Primer milagro: De repente, aparecen sobre las coordenadas del personaje, un océano, sobre él, una isla y, sobre ella, una casa y un jardín con ballenas que cantan. En las orillas crecen rosas, caprichos y delirios de grandezas.

El espectador debería maravillarse del despilfarro de fantasía, debería soñar que todo es posible en el amor y en sus teatros y arquitecturas. Por eso debe creer con ceguera al dramaturgo cuando dice que, la casa en la que él vive, está sobre una isla, y que siembra flores y ballenas, multitud de caprichos y delirios de grandezas que ya hace años que no florecen.

Aparece también, entre el suelo y el cielo nocturno de la Farsa -justo a los pies del dramaturgo- una vela encendida, que flota sobre un cuenco de agua lleno de pétalos de rosas del mar y un gran libro lleno de deseos para que se cumplan en las noches de SAN JUAN...

Sólo por encima de él, se ilumina una gran LUNA menguante gemela al dramaturgo, que, sorprendida, abre y cierra sus cráteres, ante el que ella cree un poeta.

El dramaturgo ve cómo se le sale el reloj de la barriga.)

¡Prodigioso! **(Gira como si fuera un arpa.)** ¿Habría mayor libertad? ¿Lo han visto? ¡Ustedes mismos acaban de sentir lo que yo he sentido! Hemos compartido un truco de magia... ¡un instante de amor!

(Canta, dulce, como las flautas. Le responde Eco.)

¡Mágica noche de verano! ¡Mágica noche de San Juan! **(Riendo, casi lacrimoso por la emoción.)** ¡Hasta el reloj se me ha caído! Pero no del susto, no, que esta es la Noche de Juan Sin Miedo, de Juan sin Tiempo, de Juan y su Luna de delfines y de rosas...

(Dos delfines dibujados por el dramaturgo sobrevuelan las estrellas. ¡¡Van fumando y echando humo por las aletas dorsales!!!...)

¿Y saben por qué no puedo fumar? No, eso aún no lo he dicho. Por que el dramaturgo lo ha escrito aquí: en este libro. **(Lo abre, salen luces y pompas de jabón con niños Jesús dentro.)** Aquí yacen los deseos de Juan Sin Miedo. **(Misterioso, iluminado por las páginas del libro, que**

provocan risitas y se mueven agitadas por el Poniente.) Persigue conseguir el dramaturgo, a saber: salud, bla, bla, bla... ¡ja!, no madrugar ni romper sus sueños, ¡ja,ja!, felicidad, bla, bla, bla, bla... Y que no se ruboricen cuando le vean desnudo bailando abrazado a su espejo... ¡ja, ja, ja...! ¡Y! **(Cierra el libro. LA LUNA gira y enseña el Kulo.)** ¡Y pide un momento de amor!

(Soñando.) ¿Precisamente ahora? ¿Y por qué en una noche como esta? ¡Qué obsesión! No se puede pedir amor, como el que pide una ópera de sordomudos. No se piden imposibles... ¿verdad Luna? **(LA LUNA mueve el trasero, sin saber muy bien qué decir...)** El dramaturgo sabe que ha de ser lengua de fuego y maravilla o, mejor, que debe cortarse la cabeza como el otro de los Juanes... ¡El Bautista!... ¡El Autor es la Palabra, el Ángel y el Evangelio! **(Se persigna.)** ¿Pero saben cuál es el primer deseo de este libro? **(Lo abre. Una hermosa mano de cuarentón velludo le ofrece un cigarrillo al poeta. Este, asustado, lo toma y la mano le da fuego. El poeta, caído en la tentación, mira arrogante a los hombres y lee, y relee y vuelve a releer.)** Quiero dejar de fumar... quiero dejar de fumar... Quiero dejar de fumar...

(LA LUNA se gira, fuma provocativa con un largo pitillo. Algunos de sus volcanes entran en erupción provocando fuegos artificiales de colores...

El poeta cierra el libro.

Pasa una avioneta en forma de caracola, que mueve sus alas como los pájaros. De ella caen cientos de paracaidistas barbudos que fuman y apagan sus cigarrillos al caer al océano, llenos de deseos de no volver a fumar más.)

¡Ah, basta de efímeros títeres! ¡Basta de trucos, autor! El genio se pierde en un momento de mal de amor... Así que, abre entre tus pechos un telón de imágenes nuevas, para que esta noche sea siempre como una costumbre en ti. Y cuando ya seas pasado, o lo que eres, simplemente un escribano de entuertos, un lazarillo de la luz, un poeta como aquel que soñaba con noches de verano, ¿crees que alguien leerá tus versos en una Madrugada de San Juan como esta? No escribas más, dramaturgo. Dame paz. Dame paz y dale al mundo por concluido este momento de amor. ¿No lo ves?

(El escenario se agrieta, salen las llamas azules de la noche.) Y no mires a la tradición, ni a los espejos que se rompen. Avanza, que te lo dice el dios de las infancias, sin mirar hacia atrás, no vaya a ser que tú también te conviertas

en estatua de sal. (**Tracas infernales y fuegos de artificio.**)
Esta noche te pertenece...

**(Se hace un oscuro lleno de estrellas. Una cascada de
cometas azules ilumina sólo al poeta. Música de las
afueras.)**

¡Igual me pasa a mí, que ande hacia donde ande, jamás tardo
lo mismo y llego siempre al amanecer! (**Haciéndose enano
hasta convertirse en caracol.**) ¡Caballeros y damas, o
damos y caballeras! ¡Comienza con la Canción de la
Madrugada, esta farsa, fábula y cuento de la Noche de San
Juan!

Madrugada del 23 al 24 de junio de 1997,
sobre una rosa del mar.

Acto Único

**El patio de butacas del teatrillo encantado
se cubre de maleza, retamas, jazmines, damas y galanes
de noche,
madreselvas trepadoras, nardos, higueras
y trompetillas. Tanto crece mágicamente la vegetación,
que el propio
público se transforma en un bosque nocturno
e hipnotizado por la Luna.
¡Qué belleza!
Caen de los infiernos las luciérnagas que, ya antes,
cayeron a su vez de los cielos... ¡Cuántos ángeles!
Queda todo tan del gusto de la Madrugada que ya, ni
escena ni verbo ni tan siquiera espectador, pueden
escindir-se de un mismo destino dramático. Todo será
uno.**

Un acto.

Un momento de amor.

Es en ese instante,

entonces,
cuando despierta la vida...

Kanción de la Madrugada

LA MADRUGADA.-

¿Y el Sol?, ¿Y la Luna?
Pregunta la Madrugada.

LOS NARDOS.- (Despertando.)

Nosotros somos flores nuevas
no sabemos la respuesta.
Preguntad una por una.

**LA MADRUGADA.- (Sobrevolando el bosque,
llenándolo todo con su púrpura rocío.)**

No es un acertijo.
¿Quizás los jazmines?,
¿o lo sabrán las madre selvas?
¿Y la Luna?, ¿y el Sol?

**LAS MADRESELVAS.- (Marineras, enredándose en
las altísimas bambalinas.)**

Nosotras somos hadas frescas.
Preguntad a las luciérnagas
que vuelan con la fama
y todo lo saben por viejas.

LA MADRUGADA.-

No son estrellas muertas,
y las luciérnagas me dan temblores
porque al día me recuerdan.

LAS LUCIÉRNAGAS.-

¡Más miedo tenemos nosotras
que sabemos la respuesta!

LA MADRUGADA.-

Con rocío apagaría
esas siniestras nuevas
pero relucid juntas,

que esta noche
se me avecina triste
la canción de madrugada.
¿Qué le pasa a la Luna?
¿Por qué llorando se ocultó el Sol?

LAS LUCIÉRNAGAS.- (Se unen y forman un anillo de luz en el centro de la noche.)

Vimos...
-¡Todavía estamos asustadas!-
Vimos caer en la selva,
una errante cegadora,
una adúltera ramera,
una medusa herida,
una espantosa hechicera
que ha dormido a los hombres
y la Tierra entera.

LA MADRUGADA.-

¿Dormidos los hombres?
¡Qué perversa estrella!
¿Por qué tanta maldad?,
¿qué razón lleva?

LAS LUCIÉRNAGAS.-

Despechada de amor
reinar quiere sólo ella.
Desamada murió
odiar quiere sólo ella.
Con su imperio de terror,
con su trono de piedra,
y con plagas, y con mentiras,
y con guerras y con quimeras.

LAS MADRESELVAS.-

¿Cómo viviremos sin Sol?

LOS GALANES DE NOCHE.-

¿Cómo viviremos sin Luna?

LOS NARDOS.-

¿Cómo viviremos sin hombres?
¿Sin poetas? ¿Sin músicos? ¿Sin culturas?

LA MADRUGADA.-

Imagino que bajo el desamor de la Medusa
en una madrugada eterna.

(Trágica.)

¡Ah, yo no quiero envejecer!
¡Ni morir madura!

LOS NARDOS.-

Ni nosotros dejar de endulzar
los labios de los enamorados.

LAS DAMAS DE NOCHE.-

¿Quién florecerá entonces
los besos nocturnos del verano?

LAS LUCIÉRNAGAS.- (Se desordenan, riéndose malévolas.)

¡Está la Naturaleza asustada!
¡Ha dejado de llorar la Madrugada!

LA MADRUGADA.- (Negra. Derrama su rocío sobre las luciérnagas, electrocutándolas.)

¡Silencio todo el mundo!
¡Quemad esas lágrimas,
inundad esas muecas!
Yo he sido inspiradora
de múltiples empresas.
Igual seduzco a poetas
que vulnero fronteras.
Rebuscaré con mis filos
más allá de las sombras.
¡Y hallaré la respuesta!

LOS GALANES DE NOCHE.-

Te ayudaríamos, Madrugada
pero no tenemos espinas.

LAS DAMAS DE NOCHE.-

¡No vayas!

¡O te encenderá la mala Estrella!

LOS NARDOS.-

¿Qué harás con la Medusa?

Sé temerosa. Ella será traicionera.

LAS LUCIÉRNAGAS.- (Soltando descargas de ira.)

Dejadla que se marche.

Los Ídolos la ensombrecerán,

la Medusa la devorará entera.

LA MADRUGADA.-

(Atormentada.)

¿Es que no quedará nadie
que ayudarme pueda o quiera?

(Murmullos de agua.)

Vagaré sola para salvar al mundo.

Si anochezco amanecida en el empeño

o si amanezco anohecida sin engaños,

prefiero morir viva

a vivir en tan cruel sueño.

¡Ay, hadas madreselvas!

¡Ay, galanes, mis trovadores, mi maleza!

Quiera el destino ser otro

y el amor naturaleza.

¿Volveré?

¿O será el final de mi alba

la última noche negra?

**(Suspira la madrugada, difuminándose en su propia
oscuridad. Todas las flores se quedan compungidas,
muertas de miedo.)**

**(Relámpagos. Un rugido seguido de una grosera
carcajada sobrecoge a todas las criaturas del bosque.
Algunas estrellas se caen, fugaces, del susto. MEDUSA
irrumpe en el bosque, cortando lianas de madreselvas
con su espada de quimeras. Las flores, aterrorizadas, se
esconden en los pantalones de los hombres, que yacen
todos dormidos bajo las hojas del libro del dramaturgo.**

Los tentáculos de LA MEDUSA se extienden y se enroscan en la foresta, provocando un holocausto. Cada tentáculo reproduce, en su extremo, la cara de Gorgona, que reptaba, enorme, sobre las ruinas. Goza de un harem de voces distintas en cada una de sus bocas.

**Ahógase la Canción de la Madrugada,
porque empieza otro cantar.)**

LA MEDUSA.- (Malísima.) ¡Qué repugnancia! ¡Luz! ¡Haya luz! **(Las bocas enfocan sus luces e iluminan a la principal.)** ¡Ah! ¡No tanta, no tanta...! ¿Es que soy estúpida? Yo misma soy capaz de dejarme ciega... **(Presumida.)** Cuando todo el Universo sabe cuán encantadores y fulminantes pueden llegar a ser mis ojos..., ¿verdad?... **(Ríe en todos los idiomas, malvada.)** ¿Pero cómo podía vivir este planeta con tantos hierbajos? ¡Fuera! ¡Fuera malas hierbas! Yo seré la nueva jardinera de este patético Edén... ¡Yo, con mi poder -por que me da la gana y la regana- construiré sobre este insoportable vergel mi trono de piedra! ¡Mi jardín de piedra! Un jardín de piedra que ya empieza a ser Historia...

(Ríe a carcajadas, mientras, con su mirada, petrifica los árboles, toda la vegetación, y posa con elegancia ante los disparos de flash que emiten LAS LUCIÉRNAGAS. Las Hadas, LAS DAMAS, LOS GALANES, LOS NARDOS y los Jazmines se transforman en cariátides y en atlantes de piedra apenas cubiertos de musgo: es el último recuerdo que les queda de su pasado vegetal. El bosque, por poder, por brujería y por la real gana de LA MEDUSA, se va convirtiendo en un enorme pedestal de piedra con columnas e inauditos relieves de Ídolos aún desconocidos. LA MEDUSA se va aposentando -en toda su extensión- sobre, dentro y fuera de su nuevo trono, mientras ríe y grita eufórica...)

¡A ver! ¿Qué noche es esta? ¿Santa Juana? ¡Tonterías! ¡Esta es mi Madrugada! ¡Esta es una noche histórica! ¡Yo! La belleza multiplicada por sí misma, la esencia de la perfecta esfera... He vuelto, tras cinco mil millones de años de injusto exilio, a reinar sobre todo lo que se extiende desde mi ombligo, hasta los espejos convexos del otro extremo de la Vía Láctea. Por cierto, desde hoy, y oficialmente mía...

¿Cómo? ¿Nadie aplaude? ¡Oh! **(Ruge, victoriosa.)** ¡Se me olvidaba que están muertos!... ¿O dormidos?... Bueno, ¿no es acaso lo mismo?... Es... Es... como tener el corazón de

piedra, es como dar besos de piedra o parir piedras que se reproducen en más piedras hasta que se consumen en arena, en nada... en piedra... ¡en mí!... ¡Ah! ¡Qué vértigo siento de ser tan ancha y tan todopedregosa! **(En un instante varias piedras enormes se levantan del suelo y van a estrellarse contra LAS LUCIÉRNAGAS, que parecen aplastadas.)** ¡Basta! **(Seductora.)** Pongamos una luz más cálida...

(Con sus manos cubiertas de guantes de piedra, LA MEDUSA da una palmada y, la chispa que desprende, provoca una enorme hoguera en blanco y negro: el famosísimo «Teatro en Blanco y Negro» inventado para esta ocasión tan especial por el DRAMATURGO sin miedo, en un delirio de solidaridad con LA MEDUSA.)

¡Mmmmm!...Perfecto. **(Todo ojos.)** Gracias, señor dramaturgo. Esta luz me relaja mucho más la vista: es más tenebrosa y más adecuada al mensaje que traigo. **(Entre diva y colegial.)** Pero, venga, ¡venga que le explique!... **(Una voluminosa marioneta del DRAMATURGO, desciende y escenifica oír a LA MEDUSA. Los hilos son alambres de espinas.)** ¡Qué listo es! Envía una réplica para que no pueda fulminarle con mi mirada... ¡por favor, señor dramaturgo!, que una no es de piedra... toda entera...

(Monstruosa, realmente monstruosa.) ¡La luz que yo traigo es la No Luz! Es el reino de lo equívoco, de las tinieblas... ¡El teatro en blanco y negro!... ¡Mira como lapido al mundo y lo sepulto bajo una losa de terror, de miedos y de dolores interminables! ¡Mira, excrementísimo poeta, que lo que te vomito es tu palabra! ¿Querías un momento de amor? **(Risas.)** ¡Una eternidad de desamor es lo que tendrás! Una eternidad de adulterios, de mentiras, de cobardías, de amores imposibles, de laberintos y muertes de amor; una infinita sucesión de errores, de amores prohibidos, de enfermedades, de egoísmos, de vacío, de soledad y de silencio. Silencio...sí, porque no late ya ningún corazón en este reino de piedra. **(¿Angelical?)** ¿No te parece una frase «lapidaria»? **(La repite, peripatética.)**

(Repentinamente sincera, LA MEDUSA habla multiplicada con desesperación. La marioneta no para de rascarse la cabeza, pensando, pensando... Se deshace un poquito en serrín.)

¡Hagamos un trato, autor! **(Susurra, como para que no le oiga nadie más.)** Tú sabes de mi vida pasada, de cosas que

casi ya no puedo hablar sin que la saliva se me vuelva lava, tú sabes porqué es de piedra mi corazón... y que estaría dispuesta a... a todo por... **(Valiente, furiosa.)** ¡Te cambio esta desgracia, toda esta maldición, todo este fatuo destino, toda esta eternidad de amargura por tu ...por tu momento de amor!... **(Llora lacrimosa arena. Las estatuas, por un momento, se retuercen de una fugaz y primitiva presencia de vida. LA LUNA aprovecha para descolgarse y rodar entre algunas estrellas petrificadas hasta la parte más elevada del trono.)** ¡Dame ese instante de amor verdadero que sólo los poetas que sufren saben dar! ¡Truécalo conmigo y te prometo volverme a mi exilio, morirme con mis infiernos y mis cielos! ¡Dame el amor que perdí! **(Bajando la voz.)** ¡Dame ese suspiro de vida!...

(La marioneta, con decisión y martirio, le responde ahorcándose con sus propios hilos. LA MEDUSA, sin entenderlo y toda furiosos ojos, petrifica a las Parcas, que caen sobre el cadáver del muñeco, decapitándolo. Gritos. Las estatuas vuelven a morir. Todo parece estar muriendo incluso después de muerto, pero Gorgona no ha comprendido lo que la ama el dramaturgo.)

¡Entonces, maldigo a los hombres y a sus estelas, y les condeno a la locura, a una insoportable eternidad de desamor!... **(Risas. Todo se estremece.)** ¡Y a que me imiten! ¡A eso también les condeno! A que construyan estatuas mías, y a que me idolatren como a la bestia que soy... a que trabajen como esclavos haciendo ladrillos para la cárcel que me voy a construir... ¡Sí!... ¡Que todos los enamorados del mundo se conviertan en los ladrillos que han de levantar mi gran ciudad de Petrópolis! **(Se ilumina un negroide luminoso con el nombre de la ciudad.)** ¡Petrópolis!

(Risas. LA LUNA, recostada sobre unos riscos, enciende su largo pitillo, y empieza a llenar de humo el trono de LA MEDUSA.)

LA LUNA.- (Enseñando, impúdica, su cara okulta.)
¿Ya has acabado de maldecir, pulpo de tierra?

LA MEDUSA.- ¡Calla trozo ingrávido! ¡Ya no tienes sentido aquí! ¡Vete! Búscate otros poetas a los que alunizar... ¿Y cómo te atreves a echar ese humo tan odioso por la boca? **(Tose.)** ¡En mi reino está absolutamente prohibido fumar!

LA LUNA.- (Socarrona.) ¡Qué decrepita te veo, Gorgona! **(Se apaga el cigarro sobre el mar de la Serenidad, estremeciéndose del gusto. LA MEDUSA echa chispas por los ojos; literalmente.)** ¡Y no me mires así, por que no me vas a convertir en más pedregosa de lo que ya soy! Sabes que digo la verdad.

LA MEDUSA.- (Provocando aludes de dolor.) ¡Sí, Luna agorera! ¡Sí! Ya sé que tienes ese defectillo en tu verborrea. **(Sísmica.)** ¿Pero por qué me lo dices en público, mala estrella?

LA LUNA.- ¿En público? Yo sólo veo piedras, piedras, avenidas de piedras... **(El luminoso se funde como una chapuza.)**

LA MEDUSA.- (Soñando, orgullosa...) ¡Petrópolis, querida! **(Vuelve a encenderse el luminoso.)** ¿Qué te parecen los cimientos de la nueva era?

LA LUNA.- (Sincera.) Grises, desconchados, feos... tristísimos. Propios de su reina.

LA MEDUSA.- (Muy enfadada.) ¡Basta de insultos! ¿Cómo te atreves? ¿Es que no sabes que puedo desorbitarte y volverte cuerda? ¡Fuera de aquí! **(Le saca todas sus lenguas.)**

LA LUNA.- ¡Eso quisiera! Pero... ¿es que no te das cuenta de lo que has hecho? ¡Lo has convertido todo en piedra!...El planeta pesa tanto ahora que... ¡hasta ha dejado de dar vueltas!... y yo, que sabes que sin esta Tierra no puedo dar ni un paso, me he estrellado sobre ella y aquí permanezco inquieta. Por tu capricho todo lo estás trastornando... ¡La galaxia entera!... **(MEDUSA se retuerce como si se sintiera retorcida.)** ¡Desdeñosa Gorgona! ¡Resentida eternamente estás! Tú, la menor de las Medusas, la que fuiste hermosa. Sabes que obras mal por que de todas las hermanas, tú eres la única mortal.

LA MEDUSA.- (Hace girar todos sus ojos, furiosa, provocando terremotos.) ¡Luna traicionera! ¿Por qué has de ser espejo de todas las locuras?

LA LUNA.- Digo lo que es verdad. El castigo y el premio de los mortales es el de tener un reloj llamado corazón. ¡Y el tuyo es un reloj de arena!

LA MEDUSA.- ¡Habladurías! ¡Yo no tengo conciencia, Luna! **(Ríe.)** Y no me importa que perezcas tú también en mi reino de piedra. Te quedarás ahí, y excavaré túneles por tus entrañas para construir un teatro en blanco y negro. ¡Serás una atracción más de mi ciudad!

LA LUNA.- (Inspirada en Greta Garbo, enciende un nuevo pitillo, desafiante.) ¿Y qué? Tarde o temprano yo volveré de plata la estela de tu tumba. Estás muerta. Fea, vieja y muerta.

(LA MEDUSA da un aullido de dolor que hace estremecerse a la Tierra. Diluvia lava en un llanto casi humano.)

LA MEDUSA.- ¡No me digas más que soy fea! **(Gime desconsolada, diríase que se derrumba casi.)**

LA LUNA.- ¡Lo sabía! ¡Sabía que te pondrías a llorar! ¿Y dices que no tienes conciencia? ¡Ah, qué desdichada! ¡Detén esas cascadas, que vas a inundar tus pesadillas!

LA MEDUSA.- (Repta entre los charcos hirvientes.) Soy fea, soy fea... ¡Soy fea! ¡Lo sé! Mira mis manos... mis dedos que parecen guijarros, antes eran de bronce... y una vez hubo... ¡una vez!... en que se derritieron en caricias de amor... Mira mis bocas, todas desgastadas, erosionadas del tiempo... Ya no son brillantes mis colmillos, ni volverán a besar al dios salado que una vez me amó. Y mira mis alas, que antes desafiaban al Sol por ser de oro y hoy, hoy parecen crestas nevadas, un escenario de terror, un plumaje de recuerdos convertidos en odio...

Soy fea... y tengo que morir siendo fea hasta el mismísimo instante en que me muera. Pero nací la más hermosa... ¿Recuerdas Luna? Tú alumbraste mis noches de amor en las playas de Gerión y mis sueños de eternidad en las Hespérides. Yo me hice fango, orilla entre los brazos del mar... ¡Mi Dios Poseidón!... ¡Y también iluminaste mi parto el día en que los hombres y los dioses, aliados, me cortaron la cabeza!...

(LA MEDUSA se despega la cabeza principal del tronco. La sangre de luz negra brota y se derrama hasta sus cimientos.)

LA LUNA.- ¡Tapa ese agujero, insensata! ¿Es que quieres también envenenar al mundo? ¡Ponte la cabeza! ¡Ponte la cabeza!

LA MEDUSA.- (Con voz sesgada, claro. Ríe.) ¡Me la cortaron delante de mis hijos recién nacidos! ¡Y todo por envidia! No soportaban ni mi belleza ni mi felicidad... y me dieron por muerta... pero, de algo me tuvo que servir ser la

querida de un dios, ¿no? (**Virulenta.**) Poseidón me resucitó, satélite insignificante,... (**Cesan los temblores.**) ...antes de volver a abandonarme luego para siempre... (**Tragicómica.**) Para eso, ¡mejor podría haberme dejado muerta!

Ya no hay amor para Gorgona. Dentro de mí sólo crece el dolor. Toda yo soy veneno y aguijón. (**Poniéndose la cabeza.**) ¡He vuelto para vengarme y envenenarlo todo antes de morir!

LA LUNA.- Desvarías. No puedes huir de tu destino.

LA MEDUSA.- ¿Que no?

LA LUNA.- ¡Ilusa!

LA MEDUSA.- ¿Qué dijiste?

LA LUNA.- (**Atrevida.**) Fea, quise decir fea.

LA MEDUSA.- (**Estallando en volcanes de lágrimas.**) ¡Noooooo! (**Se revuelve, amenazadora.**) ¡Os vais a consumir todos en un océano de piedra!

LA LUNA.- ¡Los dioses lo impedirán!

LA MEDUSA.- (**Ríe.**) ¿Qué dioses? Aún no sabes lo todopedregosa que soy... ja,ja... ¡El amor ha muerto! Ya no quedan poetas, sólo templos e ídolos en ruinas. ¿Quién te mira ya? ¿No dices que yo misma estoy muerta? (**Risas.**) ¡Refléjame, espejismo, y muere tú también de desamor! Ya no nos haces falta...

(**LA MEDUSA se dispone a darle muerte. El Universo se conmueve y gimen los cuerpos celestiales. Hasta LA MADRUGADA, atraída por el crimen, se interpone con su cuerpo para evitarlo.**)

LA MADRUGADA.- ¡Piedad, reina Gorgona! ¡Piedad!
¡No sacrificuéis a la Luna!

LA MEDUSA.- (**Se detiene en seco, casi se atraganta de dolor.**) ¿Qué?... ¿Qué es esto?

LA MADRUGADA.-

Soy la Madruga, señora.

Cambiad mi vida por la suya.

Yo soy su cómplice, y sin noche,

sin noches de Luna,

Preferir muero

y morir prefiero.

LA MEDUSA.- ¿Eh? ¿Qué manera de hablar es esa?

LA LUNA.- (A LA MADRUGADA, que suda rocío.)
¡No, criatura! ¡No sabes lo que has hecho!

LA MEDUSA.- ¡Qué estupidez! ¡Os mataré a las dos si quiero!

LA MADRUGADA.-

(Valiente.)

¡No os arrepentiréis

si me escucháis primero!

De oídas os he oído

y ni por eso os temo.

¿Por qué hacéis esto?

¿Por qué están todos muertos?

LA LUNA.- (Perigeando.) No todos lo están. Alguien nos está viendo.

LA MEDUSA.- ¿Cómo? ¿Es que queréis engatusarme con vuestros chismorreos?

LA LUNA.- Sabes Gorgona que nunca miento. Y desde mi cara okulta lo estoy ya viendo. Viene hacia nosotros.

LA MEDUSA.- (Girando todas sus cabezas en distintos sentidos.) ¿Y quién es? ¡Habla centinela!

LA LUNA.- (Haciéndose de rogar.) Es que con tanta penumbra...

LA MEDUSA.- ¡Aparta, Madrugada! ¡Que venga el Sol corriendo! ¡Quiero luz para ver a quien nos ve!

LA MADRUGADA.- ¿El Sol? ¿Es que no lo sabéis? El Sol, al volverse el planeta de piedra y paralizarse, se cayó sobre el otro lado del bosque y lo está incendiando todo sin remedio... ¡Por eso vine a veros! ¡Debéis parar la maldición o vos misma os volveréis de fuego!

LA MEDUSA.- ¡Qué astro inoportuno! En pago de tus incordiantes noticias, a ti te mataré primero... o mejor, me haré con tu manto un velo. ¡Eso!

LA LUNA.- Dime Gorgona. ¿No tienes miedo?

LA MEDUSA.- ¿Por qué habría de tenerlo?

LA LUNA.- Por que el que está llegando no lo tiene.

LA MEDUSA.- ¿No tiene miedo? ¿Ni siquiera de mí?
¿Cómo se atreve?

LA MADRUGADA.- ¿Qué es? ¿Un poeta o un príncipe
valiente?

LA LUNA.- Las tres cosas es, niña. Es Juan Sin Miedo.

(En el otro extremo del bosque un pirata de colores, casi albino y casi negro, viene cabalgando sobre un excéntrico centauro que relincha ebrio. El centauro QUITAPENAS posee el don prodigioso de hacer que, por donde pise, crezca la hierba luego. Detalle este que no pasa desapercibido por la Gorgona y que la molesta sobremanera. JUAN SIN MIEDO porta detrás de su espalda el gran Libro del OGRUTAMARD, un brujo sabiondo con el que se había citado en el bosque y al que anda buscando. A partir de esta parte del drama los niños que aún queden despiertos, ya deben de estar todos con pesadillas. ¡Terrible!)

JUAN.- (Deteniendo su montura en seco.) ¿Yo? ¡Detente Quitapenas! ¿Es que no has oído como alguien dijo mi nombre?

QUITAPENAS.-

Son obsesiones, mi dueño.

Llevo años luz cabalgando y aquí
todo está petrificado y yermo...

(Casi a punto de llorar.)

¿De qué voy a alimentarme ahora?

Tengo sed, mi señor,

y hace milenios que no duermo...

¡Tengo hambre! ¡Tengo frío!

¡Tengo sueños!

Nadie dijo vuestro nombre

fueron mis malos pensamientos.

Y los gorgoritos de mis tripas

y mis dientes que retiemblan

y la tierra que se agita

por no sé qué raros entuertos.

JUAN.- Siempre con lamentos, Quitapenas. Cuando te compré por tu nombre, no imaginaba yo este tormento. Si tienes hambre, come de la hierba que al pisar haces crecer.

QUITAPENAS.- (Escrupuloso.) Mejor ayuno. Prefiero no hacerlo.

JUAN.- Está bien, aquí hemos de detenernos. El brujo de Caldas es tan lento que siempre llega el último y el primero. ¡Tengo un buen presentimiento!

QUITAPENAS.-

De súbito se me quitó el hambre.

Sigamos entonces, amo Juan.

Que vuestros presentimientos...

JUAN.- No son como los tuyos, siempre funestos. **(Bajando del centauro.)** ¡Qué extraño está el mundo! ¿Nos habremos perdido, Quitapenas? El brujo ogrutamarD nos citó en este punto, pero antes, aquí había un bosque y reinaban los galanes de noche y los jazmines... No lo entiendo... **(Grita.)** ¡ogrutamarD!

(LA MEDUSA, LA LUNA y LA MADRUGADA están calladas de asombro.)

QUITAPENAS.- ¿No veis? El hechicero no está, no hay nadie, vayámonos...

JUAN.- ¡Qué poco espíritu de aventura posees, Quitapenas! **(Gritando otra vez.)** ¡ogrutamarD! ¿Dónde estás brujo agorero?

LA MEDUSA.- (Hablando bajito, ridícula.) ¡Ese centauro me está poniendo, con sus pezuñas, perdido de hierbajos el suelo! ¿Y a quién llama ese, ya no tan joven, mancebo?

LA LUNA.- (Rotando como un radar.) ¡Busca a ogrutamarD! ¡Pero yo, ni por asomo cerca le veo!

LA MEDUSA.- Pero... ¿Cómo no me teme? ¿Es que no sabe quién soy?

LA LUNA.- No os conoce, en efecto. Viene de lejos, del norte o del sur, seguramente, por eso no ha sucumbido a tu embrujo. Además, no te teme, por que es Juan Sin Miedo.

LA MADRUGADA.- Valiente caballero.

LA MEDUSA.- ¿Ah, sí? Pues por tener ese nombre tan ridículo, a ese le mataré el tercero.

(LA MEDUSA ríe a carcajadas. El suelo se estremece y se abre todo entero en una gran grieta abismal. JUAN y QUITAPENAS resbalan por la fisura, pero consiguen quedarse a salvo, aunque atrapados en el agujero.)

QUITAPENAS.- ¿Habéis visto eso, mi señor?

JUAN.- ¡Qué cosa más atroz! (**Ríe, temerario.**) En este claro reté a ogrutamard, para que me mostrase el lado más siniestro del miedo. ¡Pero jamás imaginé que el miedo fuese tan feo!

(LA MEDUSA, entre lágrimas, remueve sus entrañas de ira, provocando nuevos temblores. JUAN, en un acto de camaradería, consigue poner a salvo a su compañero, pero él queda atrapado por los dientes subterráneos de la Gorgona.)

QUITAPENAS.- ¡Señor!

JUAN.- (**Lanzándole el libro.**) ¡Huye, Quitapenas! ¡Y busca al Brujo ogrutamard! ¡Huye!

(El centauro huye a regañadientes. La Gorgona ríe en su frenesí.)

LA MADRUGADA.- ¡Por favor, salvadle! ¡Se lo traga la tierra!

LA MEDUSA.- ¡Sí, y está exquisito! ¡Hacía tiempo que no devoraba a un... ya no tan joven guerrero! (**A JUAN.**) ¿Eh? Dile a mis invitadas ahora que no tienes miedo... ¡venga!... ¡díselo!...

JUAN.- Tengo miedo, sí, pero por ti, piedra horrenda... en cuando coja mi espada y me vea libre te cortaré el cuello...

LA MEDUSA.- ¡Ooooooh!... (**Cínica, bromea.**) ¡Me tenéis aterrorizadísima! ¿Qué eres? ¿Una parodia de Perseo? (**Ríe.**)

JUAN.- ¿Por qué me haces esto? ¿Quién eres tú? ¿Un hechizo del brujo ogrutamard?

LA MEDUSA.- (Ríe.) Esa negra babosa no tiene ni imaginación para crearme, reptil. **(Aterradora.)** Yo soy el fin de tu rebeldía, tu negación, todo lo que detestas y temes... tu peor pesadilla... Eso soy yo, y te diré mi nombre para que sepas quién te mata... Gorgona, la Medusa..., recuérdalo siempre Juan Sin Miedo...

JUAN.- No me asustas, Gorgona. Incluso aunque seas la criatura más horrible que hayan visto nunca mis ojos... **(Ríe, provocador.)**

LA LUNA.- ¡Huy, huy! La que se va a liar...

LA MEDUSA.- (Encendida de coraje.) Mmmm... ¡Qué joven tan arrogante! ¿Te crees acaso el más bello? ¿Sí?

LA MADRUGADA.- Hermoso amante debe ser en las madrugadas de invierno... ¡Y qué genio!

JUAN.- ¿Cómo me ves tú, Gorgona? ¿Te parezco hermoso?

LA MEDUSA.- (Mala.) Espera que me fije con más detalle... **(Acerca sus ojos a JUAN.)**

LA MADRUGADA.- ¡No la mires o en piedra te convertirás!

(JUAN aparta rápidamente sus ojos.)

LA MEDUSA.- (Riendo.) En hermosa estatua de Apolo te puedo esculpir si me miras, bello Juan... **(Se retira de JUAN y aplasta con una piedra a LA MADRUGADA, aprisionándola. Habla como una filósofa.)** ¡Ah, la vanidad de la belleza! Seguro que eres un ser muy amado, ¿no?

JUAN.- No conozco el amor, señora. No sé qué es eso.

LA MEDUSA.- (Súbitamente interesada.) ¿No?

LA LUNA.- ¡Por eso no tienes miedo!

JUAN.- ¿Por eso?

LA MEDUSA.- Entonces... no sabes ni de celos ni de posesiones, ni de dolores ni lágrimas, ni de odios y rencores...

JUAN.- ¿Es eso el amor?

LA LUNA.- También es dicha y ternura, entrega sin límites y alegría, también es coraje y divinidad... Es todo lo que uno puede llegar a ser...

JUAN.- Entonces no le conozco y no me gustaría morir sin conocerlo. ¡A nada temo!

LA MEDUSA.- Ya le temerás. Y a ese castigo te condeno. Con una condición...

JUAN.- ¿Cuál?

LA MEDUSA.- Que cuando halles el amor, a mí me lo des en sacrificio.

JUAN.- ¿Sólo eso? ¿Cómo?

LA LUNA.- ¡Cuidado, Juan!

LA MEDUSA.- Con un beso.

LA LUNA.- ¡Eso no es el amor!

LA MEDUSA.- ¡Habrá de serlo!

LA LUNA.- ¡Morirá en cuanto te bese!

LA MEDUSA.- Por eso.

JUAN.- ¡Lo acepto!

LA LUNA.- ¡Estás muerto!

LA MEDUSA.- ¡Ay, morir de amor! ¿Habrá más hermoso gesto? Mira que aún estás a tiempo de arrepentirte... ¡Hasta tres te cuento!

JUAN.- No tengo miedo. Encontraré el amor, y luego te lo entregaré como pides, Gorgona, con un beso. Ahora, ¡libérame de este agujero!

LA MEDUSA.- ¿Cómo dices? ¿Crees que te creo? ¡Ni por un momento! **(Ríe a carcajadas y cuenta hasta tres, pero muy rápido. De sus múltiples cuevas y barrancos salen aullando los Lobos Guerreros. Son barbudos, de largas orejas, velludos, cejjuntos, con ojos amarillos y moros, y visten brillantes uniformes. Son también hermosamente letales.)**

Estos son mis fieles perros. Los soldados de Petrópolis. Fieros amantes, de potentes miembros y de lenguas lascivas. Lobos en el la batalla y lobos en el lecho. Nunca fallan. Aman a sus víctimas hasta el frenesí y, luego, las matan de amor, devorándolas a besos. **(Ríe.)** ¿Decías que no conocías el amor, Juan? ¡Sufre ahora sus más terribles tormentos! **(A los lobos, con cansancio.)** ¡Matadle de amor, perros!

(Los Lobos rodean con hermosos rituales de apareamiento a JUAN. Se le acercan, y empiezan a insinuársele. Le acarician, le guiñan, le lanzan besos, le dicen cosas picantes a los oídos. JUAN se estremece. Algunos de los lobos, los más atrevidos, le arrancan algunos de sus ropajes, en actos más apasionados que violentos. Algunos luchan entre ellos por poseer a JUAN en exclusividad. Uno de ellos, el lobo SINVIVIR, el más enamorado, le regala una rosa y le besa delicadamente, otro le lame la nuca, los brazos y le acaricia el cabello, otros buscan el amparo secreto de su sexo y llegan a súbitos orgasmos de tan sólo imaginar el frote de sus cuerpos. JUAN acaba cediendo y participa del flirteo. Chasquidos de dientes, miradas de complicidad y de posesión. Dos guerreros se disputan al nuevo amado. Un tercero, más decidido, acaba mordiéndole los labios... La sangre excita a las fieras. JUAN aúlla, y de todos elige a SINVIVIR que, bravo, aparta a los demás, le libera de su cárcel de piedras y, decidido, le abraza por la espalda, lamiéndole el cuello. Los demás lobos les imitan, burlones, instintivamente obscenos. JUAN, altanero y atrevido, se gira y hace intento de besar a SINVIVIR, pero le bromea, e interpone la rosa entre sus bocas. Los ojos amarillos del lobo se abren para verle mejor, para adorarlo. ¡Qué hambre de hombre siente en su estómago!)

LA LUNA.- (Estremecida.) Los lobos aúllan porque tienen el corazón roto y porque saben que les estoy viendo. Pero esto no es amor, Gorgona. Eso es sólo deseo. Si devoran a Juan, ¿cómo podrá entregarte su amor?

LA MEDUSA.- (Con males de ojo.) Ya no hay amor para Gorgona. Soy fea, sí, e incluso puede que absurda. No me lo digas más.

(Unos delfines alados pasan corriendo dando saltos, felices, como demonios. Les siguen después los caballitos de mar y algunas esponjas y peces de espuma... Todos se detienen para admirar el desfile. JUAN lo mira todo, maravillado, mientras SINVIVIR le coge la mano y lo olfatea, enseñándole los dientes.)

LA MEDUSA.- (Asombrada por la inesperada cabalgata oceánica.) ¿Y ahora? ¿A qué viene eso?

(La piedra que estaba sobre LA MADRUGADA empieza a temblar. LA MEDUSA la libera.)

LA MADRUGADA.- ¡Aire al fin!

¿Es que no notáis el viento?

Viene sobre la tierra,

llega desde su centro.

Es el mar que se ha deshecho

del viejo mundo de hielo.

Va cubriendo Petrópolis,

ya viene, y a está viniendo.

Maradentro.

Tierradentro.

LA LUNA.- Mira por donde, Gorgona, además de ciudad, vas a tener un puerto.

LA MEDUSA.- ¿El mar? ¿Aquí? **(Se arregla, coqueta.)**
¡Mi antiguo amante, Poseidón! ¡Después de tantos millones de años! Ahora que ya no quiero verlo...

LA MADRUGADA.-

El Sol, como no sabe

qué hacer ni tiene sentido,

harto de tanto calor,

los Polos ha derretido,

Y al dios Poseidón,

vuestro reino le ha cedido.

LA MEDUSA.- ¡Dile que no le doy audiencia, que me construiré una torre!

JUAN.- (Hechizado por el Licántropo.) ¿Dónde estabas antes, lobo Sinvivir, que ya nada recuerdo?

SINVIVIR.- (Hechizado también.) Dentro de ti, aguardando este encuentro.

(Multitud de chorros de agua brotan en todas partes del bosque, inundándolo todo lentamente. Los lobos, a duras penas, consiguen escapar. JUAN y SINVIVIR, por no querer separarse, quedan atrapados en la cima de uno de los chorros y tratan de no desplomarse.)

LA LUNA.- ¡Ya está aquí, para hacerte pagar tanta osadía! ¿Ves lo que has conseguido, Gorgona, con tu espanto?

LA MEDUSA.- ¡Que venga! ¡Ya no le amo! ¡A él le mataré el cuarto! **(Ríe.)**

LA LUNA.- ¡Libérame, Medusa! ¡O todos moriremos ahogados!

LA MEDUSA.- (Sin parar de reír.) Sí, Luna. Haz lo que debes hacer. ¡Controla esa maldita marea, que yo construiré mientras el alcantarillado de esta ciudad! ¡Orden! ¡Necesito orden! **(Dando saltos sobre los charcos.)**

(LA LUNA sale despedida y empieza a girar sobre sí misma, ocupando su lugar en el espacio y regulando las mareas. Bajamar. Cesa el viento y los chorros de agua bajan hasta desaparecer. JUAN y el LOBO son atrapados en un remolino y acaban siendo absorbidos hacia el centro de la Tierra.)

LA MADRUGADA.- ¡Juan! ¡Juan! ¡Adiós a la esperanza!

LA MEDUSA.- ¡Deja a ese infeliz! ¡Corre a avisar al Sol! Despiértale, y dile que le exijo que se aleje todo lo que pueda de mi reino. ¡Hazlo!

LA MADRUGADA.- (Tembladora.) Pero... si al Sol me acerco... ¡moriré!

LA MEDUSA.- ¡Pues amanece y muérete en el acto! Tu vida me ofreciste a cambio de la Luna hace un interludio, ¿no? ¡Págame! Así que... ¡volando! **(LA MADRUGADA obedece, espantada.)** ¡Ah! ¡Cuánto cuesta gobernar! ¡Ya se acabó aquí el parlamento! Hágase todo mi imperio de piedra. Que todo se seque de una vez por todas. No necesito al Sol, no necesito a la Luna, no necesito a la Madrugada ni a este mar que sólo reaviva en mí odiosos recuerdos.

¡Basta de esperanzas! ¡No quiero que nadie se detenga ni un instante! Sobre estas ciénagas nacerá mi gran ciudad de Petrópolis y cuando la última de sus torres quede construida, entonces, sólo entonces, se detendrá esta locura y todo desaparecerá. Sobre el silencio, sobre la tierra muerta, sobre el olvido y la nada, entonces, sólo entonces, haré testamento y me prepararé para morir...

(Llora.) Para morir sola, fea, vieja y sola. Sin mi beso de amor... **(Enigmática, mira hacia el agujero por donde JUAN y SINIVIVIR desaparecieron.)** ¿...O quizás no? **(Suspira, erosionándose el pecho.)** ¡Ay, Juan, qué joven tan bello!...

(MEDUSA se oscurece, entre risas y lágrimas. Y cuando ella dice de oscurecerse, lo hará también el bosque, la vida, el cielo y el mar. Todo se vuelve de basalto y carbón, consiguiendo por fin llegar al teatro absolutamente negro, también inventado por el autor con el fin de no detener el drama y forzar así un amago de entreacto.

Subterránea oscuridad y gemidos. JUAN y el lobo SINIVIVIR yacen sepultados bajo un mar negro de escombros y de huesos. Todo es dramáticamente negro.)

JUAN.- **(Con dificultad.)** ¡Lechuzas! ¿Estaré muerto? **(Grita.)** ¡Eh! ¡Eeeeeeh! ¡Maldita Gorgona! ¡Vaya noche negra esta de mi santo!... ¡Y todo por suplicarle al brujo el miedo más alto! ¡Relechuzas!... ¡Casi no puedo moverme!... Y encima, ni siquiera sé dónde estoy... ¡Enterrado vivo!... **(Valiente. Grita.)** ¡Pues incluso así no tengo miedo! ¡Eeeeeh! **(Tiritando de... ¿miedo? ¿Es posible eso?)** Tendría que haberle hecho caso a Quitapenas... ¡Ay!... ¡Ay, ay, ay!... ¡Qué mala suerte tengo!

(Unos rayitos de luz que vienen desde el centro de la Tierra se cuelan entre las raíces muertas y llenan de penumbras y de sombras el debilitado corazón de JUAN. Junto a él yace inconsciente SINIVIVIR.)

¿Quién me agarra la mano? ¡Sinvivir! ¡Sinvivir! ¡Mi hermano lobo! ¿Estás muerto? ¡Sinvivir! ¡Oh, esto no puede estar sucediendo! Cuando creo empezar a conocer el amor, voy y lo pierdo. ¡Sinvivir! Hubiese preferido no sentir nada, antes que sentir este... este miedo... ¡Requetelechuzas!... ¡Tengo miedo! ... ¿qué son esas luces?...

(Las luces, cada vez más deslumbrantes, iluminan toda la corteza del suelo. Por los túneles del tiempo ascienden los cadáveres fosforescentes de SAN JUAN decapitado y de DON JUAN TENORIO, con el miembro viril amputado y aún sangrante. JUAN los ve y grita -esta vez sin rodeos- visiblemente asustado.)

¡Dos espectros! ¡Piedad! ¡Qué forma tan horrible de morir!
(Trata inútilmente de huir, arrastrando a SINVIVIR a través de la fisura.) ¡Atrás, resucitados! ¡Socorro!

DON JUAN TENORIO.- **(Con voz de ultratumba, claro. Nobleza obliga.)** ¿Por fin tienes ya miedo, tocayo?...

JUAN.- ¿Quién sois?

DON JUAN TENORIO.- Ahora mismo un mito, un escarbaorejas que tuvo por disfraz el de Don Juan Tenorio. Primo tuyo y primo del dramaturgo, ¿no, tocayo?...

SAN JUAN.- **(Hablando con su cabeza sobre una bandeja.)** Así es, Tenorio. Igual que yo, que fui un santo macrocéfalo y profeta de iluminados. Primo también tuyo, Juan Con Miedo...

JUAN.- **(Tapándose los oídos.)** ¡Son sólo los fósforos de los muertos! ¡Pesadillas de esta agonía! ¡Alucinaciones nunca antes sentidas!

DON JUAN TENORIO.- ¡Qué infantil primo tenemos, tocayo! Sí, somos tus pesadillas, claro. ¿Por qué ardid, si no, hubiésemos vuelto a la vida? ¡Míranos: somos tus primeros miedos!

JUAN.- **(Tratando de reafirmarse, recita colegial.)** ¡El miedo no existe! El miedo es sólo un sentimiento de angustia que se siente ante la proximidad de algún daño real o imaginario.

DON JUAN TENORIO.- Nuestro primo acaba de descubrir el amor. ¡Se ha enamorado! **(Ríe.)** Nosotros ya lo hicimos y, ya ves, a este santo mártir Juan le cortaron la cabeza y a mí... **(Mostrando su castración.)**... mi prenda dorada... ¿Qué te cortarán a ti, Juan Con Miedo?

JUAN.- La vida, por lo que veo. ¡Desapareced, os lo ruego!

SAN JUAN.- ¿Te has enamorado de un lobo? Hay que temer al hombre cuando ve cumplidos sus deseos.

DON JUAN TENORIO.- El hombre es un lobo para el hombre. Al menos eso decían en otros tiempos, ¿no?

JUAN.- ¡Basta! ¿Qué queréis de mí? ¡Devoradme si a eso habéis venido, pues no tengo miedo a morir!

SAN JUAN.- No sufras tocayo, que no es impío temer a la muerte. Sólo vinimos porque nos llamaste. En el umbral del morir hay que hablar despacio. Gritaste mucho, tiritabas asustado, y nos llegó tu eco.

DON JUAN TENORIO.- De todas formas nos vamos, de momento. Pero no nos iremos sin felicitarte antes y felicitarnos por nuestra onomástica. Esta noche te pertenece, Juan. Nosotros ya te veremos luego.

SAN JUAN.- Además, que oigo pasos en el Cielo, y órdenes de dejarte solo, porque aún no ha llegado tu momento. Te felicito, tocayo. Y no te preocupes, que no se lo diremos a nadie...

JUAN.- ¿El qué?

DON JUAN TENORIO.- (Riendo.) ¡Que has pasado miedo!

(Los espectros, entre risas, se dispersan en el pedregoso subsuelo. JUAN, de nuevo en penumbras, llora desconsolado. Música de laudes.)

JUAN.- ¡Vaya noche negra esta de mi santo! ¿Qué ha pasado en mi vida? ¿Qué temblores son estos que padezco? Por soberbia le pedí hace tiempo al brujo ogramarD un nuevo miedo al que combatir. Le reté a que me sorprendiera con el peor de los terrores, pero nunca imaginé esto. Puedo luchar con mi espada y a cientos de monstruos he vencido, pero no conocía el amor, ni este inmóvil tormento. ¡Qué ironía! ¿Y Sinvivir? ¡Háblame! ¡Dime que no estás muerto! La Luna mintió, el amor no es ni dicha ni ternura, ni siquiera alegría... ¡es el más horripilante esperpento!...

SINVIVIR.- (Entre gemidos, casi muerto.) La Luna no sabe mentir, Juan... todo lo que dice es cierto...

JUAN.- (Alegre, ríe lágrimas y arrastra hacia sí el cuerpo inmóvil del LOBO.) ¡Sinvivir! ¡Sinvivir! ¡Mi lobo bueno!

SINVIVIR.- Tengo las patas heridas y un extraño fuego dentro. Será que, aunque me muero, me quemó por tus besos...

JUAN.- ¡No morirás! ¡No lo permitiré! Tranquilo, Sinvivir. Te sacaré de aquí y te pondrás bien, ¡te lo prometo! **(Exca va con sus manos la tierra quebradiza. SINIVIVIR aúlla.)**

SINVIVIR.- Mi madre es la Luna, ella nos ayudará.

(Vuelve a aullar. JUAN le imita, con todas sus fuerzas, mientras excava hacia la superficie.)

JUAN.- ¡No tengas miedo, Juan! ¡No tengas miedo, Juan!
(Aullidos.)

(Súbitamente la mano de JUAN atraviesa la tierra oscura y, al salir, descubre a los espectadores, aún dormidos y acostumbrados a las penumbras, la luz cenicienta de LA LUNA. Todos padecen una ceguera temporal. JUAN resucita y sale a la superficie tirando de su SINVIVIR, que se queja herido. LA LUNA enciende en ese instante un largo cigarrillo, mientras observa recostada en el horizonte a los amantes salir de una muerte segura.)

JUAN.- **(Cayendo de rodillas, abraza a SINVIVIR que se queda tumbado en el suelo.)** ¡Por fin estamos salvados! ¡Qué horrible trance! ¡Gracias Luna! **(Descubre su espada y su escudo tirados en el suelo. Se levanta y los coge.)** ¡Mi espada! **(Feliz.)** ¡Ya no temas, Sinvivir, que yo te defenderé de esa aberrante Gorgona!

SINVIVIR.- **(Retrocediendo.)** Es ahora cuando temo...

JUAN.- ¡No! ¿Por qué?

SINVIVIR.- ¿Es de plata?

JUAN.- **(Orgullosa.)** De plata pura es, y de piedras preciosas de otros planetas es su empuñadura. ¡Cientos de cabezas con ella corté!

SINVIVIR.- Pues con ella habrás de degollar a quien más ames. Recuerda tu promesa.

JUAN.- **(Lúcida.)** ¡Sólo fue una treta para salvar la vida!

SINVIVIR.- ¡Estoy condenado, Juan! Yo sirvo a quien me manda, ¿no te das cuenta de que es imposible incumplir el juramento? ¿O es que ya no me amas?... **(JUAN tarda en responder.)** ¡Ah, cómo me duele tu silencio!

JUAN.- **(Arroja las armas al suelo y se arrodilla ante su amigo.)** Yo no sabía lo que era el amor hasta el instante en que me regalaste una rosa y me besaste. **(Saca la rosa, guardada entre sus ropajes.)** Aún la conservo, ¿ves? Nunca dependieron antes mi vida y mis sueños de unos ojos,

como ahora dependen de un desdén de los tuyos. Nunca me arrancaron palabras hermosas los guerreros como las que hoy tú, esta noche, me arrancaste en la batalla. Me siento vencido y con un beso me derrotaste... pero es ahora tu amor el que me hace valiente y fuerte... ¡Si antes no tenía miedos, tú me has hecho invencible! Bendito seas Sinvivir, que me has abierto los ojos y me has alumbrado en la frente una cascada de esperanza y de colores. Te amo ya como si llevara miles de años amándote y, apenas un instante, vivía en las tinieblas sin amarte. ¡Milagrosa noche esta que nos ha unido para siempre!

SINVIVIR.- (Llora.) No sabes lo que dices, Juan. Estás hechizado. ¡Huye! ¡Déjame morir aquí y huye!

JUAN.- ¿Estás loco? Te ayudaré a curarte y nos marcharemos de aquí...

SINVIVIR.- No lo hagas. Si me curas, yo después te mataré.

JUAN.- (Serio.) Si me amas, como dices, no podrás hacerlo. **(Sonríe. Se va hacia él, confiado, y trata de hacerle un vendaje en las patas.)**

SINVIVIR.- (Le da un zarpazo, desgarrándole.) Te amo más que a mi vida. Por eso te mataré.

(JUAN apenas puede salir de su asombro. Las lágrimas brotan de su herida de la misma manera que si brotase sangre. Acaricia, a pesar de todo, el cuerpo de su compañero, apartándose lleno de dolor.)

JUAN.- Morir de amor... ¿no es eso? **(Se levanta, mirando el firmamento.)** ¡Ah, ogrutamarD! ¡Qué veneno te pedí y me has infiltrado en el alma! ¿Qué sentimientos de angustia son estos que se revelan en mí? ¡Bien! ¡Pues ya sé lo que es tener miedo! ¡Ahora quiero volver a no tenerlo!

SINVIVIR.- Lo que hay es lo que ves, Juan. El amor y el miedo no pueden ocultarse.

JUAN.- (Rebelde inevitable.) ¡No! Eso son quimeras, hechizos del brujo. Todo es una farsa en la que ogrutamarD me ha sumido para castigarme por mis continuas temeridades. Todo es mentira, ficción... todo... todo menos tú y el amor que sentimos...

SINVIVIR.- Digas lo que digas, tu promesa tendrás que cumplir...

JUAN.- Renegaré de todo, menos de ti.

SINVIVIR.- Yo soy una bestia, Juan. Soy naturaleza, instinto... y en cuanto pueda saltar, me lanzaré sobre ti y excavaré en tu pecho hasta que te devore el corazón. No podré evitarlo.

JUAN.- ¡El libro de los deseos!

SINVIVIR.- ¿Qué?

JUAN.- ¡El libro de los deseos! OgrutamarD me dio su libro mágico para escribir en él lo que más deseaba, y no recuerdo haber escrito nada acerca de matarte... ¡Todo se arreglará! Le di el libro a mi centauro Quitapenas... Él encontrará al brujo y vendrá a rescatarnos... ¡ya verás!

SINVIVIR.- ¿Qué escribiste en ese libro, Juan?

JUAN.- (Se le acerca con la espada, que coloca amenazante sobre el cuello de SINVIVIR. Este se queda inmóvil.) Le pedí poca cosa... le pedí todo. Le pedí tan sólo un momento de amor...

(Le besa con ternura. SINVIVIR deja deslizar por sus mejillas lágrimas de lobo herido de amor y, por un momento, es incapaz de morder. Y es que JUAN es mucho JUAN y el LOBO es, a veces también, como un hombre para el LOBO. LA LUNA, acostumbrada a las locuras y desvaríos de todos los mortales, no puede más que hacerse imposible y provocar varias erupciones de confeti desde sus cráteres. Aúllan los otros lobos del bosque, celosos de tanto, tanto, tanto amor en un instante...)

SINVIVIR.- (Rendido de amor, le acaricia, le besa.)
¿Quién eres Juan? ¿Un semidiós?... ¡Todo me lo desbaratas!
¿Qué me has hecho que se me derrumba encima el mundo?

JUAN.- Antes era pintor de nubes y de sonidos. A partir de ahora, serás mío y yo seré para siempre tuyo.

(JUAN venda las heridas de SINVIVIR. Nada parece detenerle.)

JUAN.- (Canta a la manera de una cuna.)

Yabi drago o g na vo i
sto drgigo bong a no sto.
neka dolle gagiiboouoi

mmmmmmm...

mmmmmm...

mmm...

(SINVIVIR se duerme. JUAN, sentado y apoyándose en su espada, le guarda en viril gesto, mientras sigue tatarando la nana. Se le interpone un extraño viento que viene cargado de cenizas, de diminutas estrellas muertas de cinco puntas, de rescoldos y naufragios de una gran hoguera. JUAN se levanta alertado. De las profundidades del bosque emerge, aún humeante y achicharrada, LA MADRUGADA.)

LA MADRUGADA.- ¡Piedad, caballeros! ¡Piedad!

JUAN.- ¿Quién sois?

LA MADRUGADA.-

Era yo la Madrugada
Era rebelde ternura
Era el mar de tus ojos
y estaba llena de Luna.
Brasa de ébano ahora
ciñe mi débil figura
Soy como sombra de nada
noche de humo y espuma.

(Lacrimosa.)

¿A quién no hablo?
¿Quién no me escucha?
Me he quedado ciega,
amanecida de Sol
solitaria y oscura.

JUAN.- Juan Sin Miedo me llaman y os conozco, señora, por que os vi presa de la pérfida Medusa. ¡Me salvasteis de una muerte segura! ¡Dejadme ahora que os socorra!

LA MADRUGADA.- ¡Vives, Juan Sin Miedo! (JUAN la ayuda a caminar y la sienta cerca de SINVIVIR. La MADRUGADA le toca el rostro.) ¡Vives! No ha sido entonces vano mi sacrificio, pues aún guardamos esperanza...

JUAN.- ¿De qué esperanza habláis?

LA MADRUGADA.- Rociadme un poco de agua...
¡Aún estoy ardiente!

JUAN.- (Echándole agua de un charco y aplicándole su pañuelo.) Es salada, pero menguará vuestro dolor. ¿Qué os ha pasado? ¡Contad! ¿Por qué se quemó la Madrugada?

LA MADRUGADA.- ¡Sois tan buen hombre! La desgracia se ha adueñado del mundo desde que regresó de entre los muertos la cruel Gorgona.

JUAN.- ¿Qué me vais a contar?

LA MADRUGADA.- Se ha detenido el planeta, y el Sol, la Luna y muchas de las estrellas, se han precipitado sobre la Tierra, destrozando -sin querer- todas nuestras bellezas... Para evitar que siguieran los incendios y las inundaciones, la Gorgona me obligó a expulsar al Sol, en contra de todas las reglas. Tanto me acerqué, que yo misma me quemé. Ahora es de noche en todo el bosque, pero hierven hasta mis entrañas... Ha dejado de avanzar el mar, pero yo... yo me he quedado ciega...

JUAN.- ¿Cómo pudo enviaros a anochecer, cuando amanecer debía? ¿Cómo pudo condenaros a una muerte certera? ¡Qué cruel monstruo es esa tal Gorgona!

LA MADRUGADA.- ¡Sólo vos podéis detenerla, Juan Sin Miedo!

JUAN.- ¡Que más quisiera! Pero, ¿cómo?

LA MADRUGADA.- Hicisteis con ella un trato, una promesa, cumplidla.

JUAN.- Ella la incumplió primero. Me prometió salvarme y luego me envió a sus lobos para matarme. ¿Por qué tendría yo que ser fiel a mi palabra?

LA MADRUGADA.- Hay dioses que no saben que son mortales y juegan con los hombres, hablándoles con tretas. Ella cumplió su parte y os salvó. Estáis aún vivo, ¿no? ¿Acaso creéis que lo ignora?

JUAN.- No lo veo yo como vos. Perdonad, señora.

LA MADRUGADA.- No lo veo, Juan. Soy ciega.

JUAN.- Pero, ¿por qué? ¡¿Por qué?!

LA MADRUGADA.- Gorgona fue desechada del amor de un dios y su amor se transformó en gangrena. Quiere venganza, pero nos hace más ciegos la venganza que la luz. En el fondo es una desgraciada. Todo su odio, todo su

maléfico poder, vos podéis transformarlo en sumisa dulzura con vuestro beso. Lo sé, porque os ama. Todo aquel que desespera de amor, perdona poderosas sinrazones. Ella perdonará al mundo, os perdonará si la complacéis como pide. Lo sé, simplemente, porque os ama.

JUAN.- Eso son poesías, con todos mis respetos. ¿Cómo va a amarme si me desea la muerte? ¿O es que no me matará al besarla?

LA MADRUGADA.- No lo entendéis, Señor. Morir de amor os pide, igual que os pide vuestro amado. ¿No es el lobo Sinvivir el que duerme herido a vuestros pies? Soy ciega, sí, pero no tanto como vos. Creedme lo que os digo: No es un lobo el que junto a vos dormita, sino la propia Gorgona transformada.

JUAN.- (Renegando. Mira a SINVIVIR, dormido.) ¿Qué laberintos tratáis de envenenarme en el pecho, Madrugada? ¿Es acaso una metáfora?

LA MADRUGADA.- Una parábola. Besad a Sinvivir antes de matarle o no habrá salvación para el mundo. Ni siquiera para vos. ¿Acaso tenéis miedo?

JUAN.- (Duda. Orgullosa.) ¡No!

(El firmamento es interrumpido por el deslizamiento de un artefacto volador que le hace cosquillas y le atraviesa.

Al acercarse, vemos que se trata de una avioneta con forma de caracola que mueve sus alas como los pájaros.

De ella caen dos hermosos paracaidistas barbudos que fuman y apagan sus cigarrillos al caer al océano, llenos de deseos de no volver a fumar más. Cuando amerizan en las ciénagas, empuñan sus armas y apuntan al valiente JUAN.)

PARACAIDISTA PELIRROJO.- (Marcial, apuntándole.) ¿Que no tenéis miedo?

PARACAIDISTA PELIRRUBIO.- (Amenazante, apunta a SINVIVIR.) ¡Lo que no tenéis es corazón!

JUAN.- (Empuñando su espada.) ¿Qué es esto? ¡Una emboscada! ¿Es que queréis volverme loco? ¡Pues no me cogeréis sin lucha!

LA MADRUGADA.- (Tratando de evitar otro desastre.) ¡No!

PARACAIDISTA PELIRROJO.- Si es cierto que tú eres Juan Sin Miedo, traemos un mensaje para ti.

JUAN.- Cierto es que lo soy, y aún más cierto que no tengo miedo...

PARACAIDISTA PELIRRUBIO.- (Entregándole un pergamino.) ¡Ni corazón!

(Los dos paracaidistas se cuadran y, como si fuesen los protagonistas de una película al revés, retroceden y desandan los pasos dados, encendiendo sus cigarros con renovados deseos de fumar y alzándose con sus paracaídas hacia el cielo. La avioneta con forma de caracola y alas de pájaro rememora su ruta y desaparece.)

LA MADRUGADA.- (Implosionándose.) ¿Acaso tenéis miedo? Ni siquiera para vos. Besad a Sinvivir antes de matarle o no habrá salvación para el mundo. Una parábola.

(LA MADRUGADA se desintegra en lluvia de cenizas. JUAN queda de nuevo solo en el cinéreo bosque, junto al durmiente SINVIVIR. Abre el pergamino y lee.)

VOZ DEL OGRUTAMARD.- (Con acento amazónico.) ¿Qué es? ¿La invitación para el gran baile?

JUAN.- ¿Qué? ¿Quién habla?

VOZ DEL OGRUTAMARD.- ¡Yo recibo cientos de invitaciones como esa! Y también he sido invitado. Tú, desde luego, no debes faltar.

JUAN.- (Mirando a todos lados.) ¿Esa voz?...¿Quién anda ahí? ¿Qué extraño sueño!... ¡Muéstrate si eres real!

VOZ DEL OGRUTAMARD.- ¡Si, claro, cómo no!

(De entre las ruinas reptante lentamente OGRUTAMARD. Es un caracol lleno de añadidos, segundas plantas, escaleras y ventanas que lleva en su interior al negro gusano. Sus antenas son como hélices y su cola termina en el principio de la Historia. OGRUTAMARD sonríe y alza los bracitos delanteros, feliz.)

JUAN.- ¡ogrutamarD! ¡Por fin!

OGRUTAMARD.- (Encendiéndose y apagándose por las bibliotecas que lleva dentro, provocando a los eruditos de las academias.) ¡Juan Sin Miedo! ¡Siento llegar

tarde! ¿Te perdiste o es que te dormiste con el sopor de esta noche de verano?

JUAN.- ¡Ah, brujo! ¿Qué es lo que me has hecho? No sabes las desdichas que pasé por...

OGRUTAMARD.- (Interrumpiéndole.) Tienes que ir. No puedes negarte.

JUAN.- ¿Ir? ¿Adónde?

OGRUTAMARD.- ¿Dónde va a ser? ¡Al gran baile! Gorgona no ha reparado en preparativos para la ceremonia. ¿No leíste la invitación? Los supervivientes de este holocausto estamos todos invitados a presenciar tus nupcias. ¡Con las ganas que tengo yo de bailar! **(Ríe.)**

JUAN.- ¡Basta de locuras! ¡Basta de sin sentidos! ¿De qué nupcias me estás hablando?

OGRUTAMARD.- Todo el mundo sabe que te has prometido con ella... ¿o era que le habías prometido alguna otra cosa? La invitación dice bien claro...

JUAN.- ¡Retorcido chamán! ¿Dónde está Quitapenas? ¿Y el libro?

OGRUTAMARD.- Tu montura está ya en el palacio de Gorgona, con el resto de los invitados, aguardándote. Y el libro en la biblioteca, **(Se señala una de las galerías de su barriga.)** con los demás libros, aguardándote también. Tienes tanto que aprender todavía...

JUAN.- ¿Tú también te vuelves contra mí o es un nuevo truco de magia para asustarme?

OGRUTAMARD.- (Arrastrándose.) Mmmm... También y tampoco.

JUAN.- (Burlándose.) ¡Mírame como tiemblo!

OGRUTAMARD.- (Molesto.) No ha sido fácil llegar hasta aquí, con todo lo que está pasando en el mundo y, encima, con tanto peso. Tu amigo... ¿está herido?

JUAN.- Sí... **(Intenta pedirle ayuda al brujo, este se le adelanta...)**

OGRUTAMARD.- ¡Uno!: Si quieres, puedes curarle. **(El brujo saca de su caracola un cuenco con agua lleno de pétalos de rosas del mar. Dentro de él, flota una vela encendida.)** Toma, frótale las heridas con este agua de pétalos de rosas del mar, bendecida por la noche mágica, y sanará milagrosamente, si así lo deseas. En cuanto se cure, se lanzará sobre ti y te matará.

¡Dos!: Si quieres, puedes llevarle a la fiesta de Gorgona. Una vez allí, le degollarás en presencia de la Medusa y, acto seguido, la besarás como prometiste, en solemne sacrificio de amor, si así lo deseas. En cuanto la beses, con su saliva y su mirada te matará.

O, si quieres, puedes hacer las tres cosas.

JUAN.- (Sarcástico.) Has dicho dos y en ambas siempre acabo muerto. ¿Cuál es la tercera?

OGRUTAMARD.- No lo sé, la verdad. Pero siempre hay una tercera.

JUAN.- (Cínico.) ¿Qué te parece si, encima, le regalo flores? **(Enfadado.)** ¡Farsante! ¡No mataré a Sinvivir! **(JUAN le aplica a su amado el agua mágica.)** Todos os habéis vuelto en mi contra, me estáis acosando con dudas, con fantasmas, con flaquezas... ¿He de rendirme ahora?

OGRUTAMARD.- Pues haz entonces las tres cosas.

JUAN.- (Atrayendo hacia su pecho a SINVIVIR. Algunos grillos resucitados tiritan de miedo.) ¿Por qué la fortuna me es tan adversa? He vencido a dragones y a espejismos, ¿y qué?, nada hay más poderoso que el amor cuando despierta. Me he reído de la muerte y siempre me he jactado de mi fortaleza, ¿para qué?, ningún tormento es superior a esta locura que padezco. Debiste advertirme, brujo de Caldas, que mi vida habría de terminarse aquí, y de esta manera, dando muerte a lo que más amo y amando al que habrá de darme muerte... **(SINVIVIR despierta del milagro. JUAN le acaricia, sonriente.)** ¿Es posible que alguien vea en estos ojos la traición o algún signo de asechanza? ¿Quién nos consolará, amigo, si ya estamos condenados a morir amándonos? ¿El amor? **(Ríe.)** ¿Y el amor es esto? ¡Cuán sabia es entonces la Gorgona y cuánto ahora la comprendo! ¿Quieres que te mate, Sinvivir? Todos me lo están pidiendo. Pero lo que más me aterra, lo que ni imaginarme puedo, es perderte y no verte nunca más. ¿No lo entiendes? El amor ha conseguido cambiarme el apellido: ¡Ya soy Juan Con Miedo!... ¿No vas a escribir la moraleja, ogrutamard? ¿Dónde está el autor de este cuento? **(Valiente.)** ¡Yo cambiaré el final, aunque sea lo último que haga! Por eso no te mataré nunca, amor. **(Se abre el velludo pecho, arrodillándose con las manos levantadas ante SINVIVIR que, semi incorporado, le atiende en silencio.)** ¡Mátame más bien tú a mí, y hazme tu amante eterno!

(SINVIVIR eleva lentamente sus garras y se abraza ferozmente a su compañero. Ambos quedan como suspendidos, quietos en un emocionado abrazo.

SINVIVIR, tembloroso, desgarrando queriendo mucho la espalda de JUAN y le muerde en el cuello, provocándole heridas. Todo se conmueve, incluso el corazón del lobo, que aúlla desesperado.)

SINVIVIR.- ¡Te amo ya demasiado; muchacho! ¡No puedo! (Quedan abrazados.)

JUAN.- (Entre lágrimas, al brujo.) ¿Ves?

OGRUTAMARD.- (Renegando con los bracitos en alto.) ¡Estás condenado, lobo!

JUAN.- ¿Qué?

(Por el cielo desciende un batallón de Lobos Guerreros, hermanos de SINVIVIR, que vuelan sobre Libélulas brillantemente azules y que van cubiertas con riendas de cuero negro. Toman tierra, entre aullidos. LA LUNA se torna roja y se rizan las puntas de las estrellas, en señal de duelo. La gran batalla da comienzo. El brujo OGRUTAMARD se mete dentro de su caracol. SINVIVIR y JUAN luchan contra los guerreros, pero estos últimos son más y acaban venciendo. Las libélulas se aparean entre sí, ebrias de celo. JUAN cae herido y los lobos se llevan encadenado a SINVIVIR...)

JUAN.- (Sangrante.) ¡Sinvivir! ¡Sinvivir! ¡No! ¡Nooooooooo! (Enloquece.) ¡Sinvivir! (Golpea el caparazón, casi sin voz.) ¡ogrutamarD! ¡Maldito seas! ¡Saca tus cuernos! ¡Saca tus cuernos!

OGRUTAMARD.- (Saliendo, asustado.) ¿Tienes miedo?

JUAN.- (Deslizándose por la concha, cae al suelo, lloroso.) ¡Tengo miedo!

OGRUTAMARD.- Entonces he vencido al fin en tu reto. Así que... Creo que ya va siendo hora de volverme a mi selva de café, porque, a este paso que llevo, para cuando llegue, todo estará ya resuelto... (Empieza a reptar, dejando una estela de babas y de versos. JUAN no sale de su asombro.)

JUAN.- ¿Cómo? ¿Te marchas? ¡No puedo creerlo!

OGRUTAMARD.- (En lo suyo.) Sí, sí... ya no quiero ir a la fiesta, habrá matanzas de lobos y eso ya no me gusta, además, ya cumplí tu ruego, ¿no? Quisiste tener miedo y ya...

JUAN.- (Desesperado.) ¡Y ya lo tengo, sí! ¡Lo admito! Pero no soy un cobarde como tú, que te escondes a la primera señal de peligro... ¡vaya amigo!

OGRUTAMARD.- ¡Yo tengo que preservar mi especie! ¡Soy el último que sobrevive en el mundo entero!, ¿lo sabías? ¡Sólo yo quedo! ¡Y no eres tú el único que me necesita! Tengo mucho trabajo, así que... adiós... ¡hasta luego!

JUAN.- (Listo.) No te marches aún. Tengo para ti un nuevo reto...

OGRUTAMARD.- ¡No! ¡No lo hagas o...!

JUAN.- Eres un brujo y no puedes negarte, así que... escúchame atento...

OGRUTAMARD.- ¡Recaracoles! ¡Crío inquieto! ¡Habla de una vez!

JUAN.- Debo de revelarte que tú mismo has sido testigo de una manifestación de amor verdaderamente obsoleto.

OGRUTAMARD.- ¿Qué quieres decir?

JUAN.- ¡Mentí! ¡Hice teatros y pucheros! ¿Acaso crees que iba a enamorarme de un lobo? **(Ríe.)** ¡Ni por un momento! Simplemente fui precavido. Vi que, si me fingía amoroso con él, salvaría así la vida y, por eso, le colmé de halagos y de besos. Sólo para utilizarle, sólo para que me llevase a su madriguera y así, poderle dar muerte, a él, al resto de la manada y a la mismísima Medusa. Pero ellos mismos me han aligerado el peso, así que... ¡ahora debo partir en su búsqueda, y aniquilar su nido entero!

OGRUTAMARD.- ¡Estás loco!

JUAN.- ¡No! ¡Estoy cuerdo! ¡Y jamás tuve ni sentí miedo! **(Le golpea con la espada la concha.)** ¡Así que aún no me has vencido!

OGRUTAMARD.- ¡No puedes negarlo! ¡Tu mismo lo reconociste antes!

JUAN.- (Faroleando.) Fue... fue el mismo impulso de la interpretación, el papel, la guinda del número. ¡Soy tan buen actor como escudero!... **(Feroz.)** ¡Así que quieto!

OGRUTAMARD.- Mmmm...¡No te creo! **(Receloso.)** Tendré que consultar el libro...

(Lo saca y lo abre, atento. De él salen cientos de mariposas y la mano de un cuarentón velludo que le ofrece al brujo una pipa humeante. OGRUTAMARD la chupa con gusto.)

JUAN.- ¿Qué dice tu libro de los deseos?

OGRUTAMARD.- Si no has conocido el amor ni has conocido el miedo, y todo eso que ahora dices es cierto, aún tienes una apoteosis pendiente, así que... ¿qué hacemos? ¿Cuál es tu nuevo deseo?

JUAN.- **(Mientras diluvian estrellas fugaces.)** ¡Asistir a esa fiesta! ¡Partamos hacia Petrópolis!

OGRUTAMARD.- ¡Temerario muchacho! Ten cuidado por que todos los deseos se acaban siempre cumpliendo. **(Las mariposas vuelven al libro. El brujo lo cierra y lo guarda.)** Sea entonces. Vayamos a la capital de este siniestro reino.

JUAN.- Pero... ¿así? No es atuendo...

OGRUTAMARD.- Llevas razón. Vístase de gala el novio y adcentemos mi cargamento. **(Por arte de magia, el brujo transforma los vestidos de JUAN en los ropajes de un corsario caribeño, con un sombrero de plumas y una capa de aguaceros. Por su parte, con sus propias y múltiples manitas, limpia, cepilla y pinta su cascarón, dejándolo realmente nuevo.)** ¿Está a gusto del caballero?

JUAN.- ¡Cagalástimas! ¡Esa monstruosa Gorgona no podrá sucumbir a mis encantos! ¡En un lapso la tendré enamorada!

OGRUTAMARD.- Sí, pero ponte mejor esto. **(Le da una máscara de licántropo.)** O será ella la que, en un santiamén, te deje petrificado y muerto.

JUAN.- ¡Perfecto! Salgamos ya, no perdamos tiempo. ¿Está Petrópolis muy lejos?

OGRUTAMARD.- Está ya en todas partes, hijo. ¡Siempre hemos estado dentro!

(Música y comparsas. Se inicia el baile de máscaras. Del suelo se levantan lápidas y mesas, llenas de succulentos guijarros y pasteles de huesos, candelabros negros y cortinas de terciopelo seco. Una galería de petrificados duendes hacen de mayordomos y sirven cavas de agua salada y de cemento a los comensales. Por todas partes,

resucitados, vivos o muertos, los cientos de invitados llenan el gran salón real de Petrópolis. Los lobos bailan frenéticos, con relucientes uniformes de gala. Antorchas de fuegos fatuos iluminan el gineceo. Todo es espectacular y todos parecen divertirse. En un extremo, la Luna es agujereada y atravesada por los lobos guerreros, que juegan y fornican entre sus cráteres, convirtiéndola en una atracción de ferias. En el otro, LA MADRUGADA yace encadenada, sufriendo las burlas de algunos de los invitados y las medidas de los sastres, que la someten a un calvario de alfileres. JUAN y OGRUTAMARD se encuentran, casi de imprevisto, en el ombligo de Petrópolis. El joven descubre, entre los presentes, a QUITAPENAS que, con cara inquieta y aburrida, conversa con su medio congénere Pegaso. Al centauro le han puesto unas relucientes botas de cuero.)

JUAN.- ¡Por todas las hadas! ¡Quitapenas! ¡Mi caballo!

OGRUTAMARD.- ¡Quieto! ¡Aún no es el momento! Te descubrirán. ¡Y no te quites la máscara!

JUAN.- ¿Dónde está la Medusa? ¡Ahí está su trono, pero vacío!

OGRUTAMARD.- Acudirá al amanecer, antes de que expire el plazo. Diviértete mientras, simúlate contento.

JUAN.- (Mirando a los mayordomos.) Nunca vi a duendes de piedra, ni a tan extraños ciudadanos. (Sonríe y hace reverencias a algunos de los invitados.) No veo tampoco a Sinvivir...

OGRUTAMARD.- Estará preso... o muerto. Incumplió su deber de lobo y ha de ser castigado. Es la ley.

JUAN.- (Temblando.) ¿Cómo?

OGRUTAMARD.- No lo olvides, él es un perro de Gorgona y la ha traicionado. (Desconfiado.) ¡Y bueno! ¿A qué viene ese interés? ¿No dijiste que todo había sido un cuento?

JUAN.- (De nuevo serio, desdeñoso.) ¿Interés? Sólo... Sólo quería matarle a él primero. Pero, calla, que por ahí pasa Quitapenas... (Se acerca a él, cambiando la voz.) ¿Qué tal, caballero? Parecéis aburrido... ¿o es que no os gustan estos delicados alimentos?

QUITAPENAS.- (Frunciendo el ceño. Le huele.) ¿Eh?

JUAN.- (Aún fingiendo.) Parecía que la conversación que teníais con ese corcel alado no era mucho de vuestro interés... ¿Quién era el sujeto?

QUITAPENAS.- Pegaso, mi señor, el hijo de la Medusa Gorgona y vuestro nuevo hijastro. Pero decidme... ¿qué hacéis así disfrazado? Os llevo esperando no sé ya cuánto tiempo...

JUAN.- (Decepcionado.) Pero, ¿cómo? ¿Me has reconocido?

QUITAPENAS.- Desde el primer momento, amo. Siempre pensé que erais un actor pésimo.

OGRUTAMARD.- (Cayendo en la cuenta.) ¿Cómo? Pues no era eso lo que sostenía antes este engendro...

JUAN.- (Tratando de salir del paso.) ¡Basta de lamentos, Quitapenas! A ver, dinos qué es lo que has averiguado...

QUITAPENAS.- ¿Yo? Pues... Salvo que han hecho de la Luna un parque de atracciones y que la reina ha decidido hacerse un traje de bodas con la Madrugada, poca cosa más... Bueno, eso... eso y que os esperan con verdadero interés. El pueblo quiere conocer al desposado... Y como dicen que sois hermoso, todos los lobos están salidos de celo.

JUAN.- (Con la nuez temblando.) Vaya...

QUITAPENAS.- ¿Queréis que os presente ya?

JUAN.- ¡No! Pues el plan hemos cambiado. ¿Dónde está el reo?

QUITAPENAS.- Lo están torturando las lobas, al menos eso creo. Triste fin el suyo pues, según tengo entendido, esta noche va a ser sacrificado en vuestro honor... pero, ¿es que no habéis venido por eso?

JUAN.- ¡No! ¡Quiero decir sí! ¡Bueno! ¡Luego te lo cuento!

OGRUTAMARD.- (Torciendo el rostro y cruzándose de brazos.) Cuento, cuento, cuento...

QUITAPENAS.- ¡Me alegro de veros, señor! El príncipe es tan cursi que temí quedarme dormido en plena conversación.. Creo que no me va a gustar vivir en las cuadras de esta corte... **(Se mira el calzado.)**

JUAN.- Si todo va como hemos urdido, pronto volverás a pastar y a galopar por un bosque lleno de vida. ¡Confíad en mí!

OGRUTAMARD Y QUITAPENAS.- (Desidiosos, incrédulos, se quejan al mismo tiempo.) ¡Por supuesto! ¿Nos sois vos Juan Sin Miedo? (JUAN les mira, entre confundido y enfadado.)

(Redoblan los tambores de piedra y suenan las trompetas de los derrumbamientos. Todos ahogan un suspiro de temor. Todo tiembla a cada paso que da la reina Gorgona cuando hace su entrada en el salón real, y cuando se dice que todo tiembla, es que todo se estremece desde las puntas a los rabos y desde la Tierra hasta los Cielos. Realmente terrible y pésimamente engalanada para la ocasión, MEDUSA emite un hedor insoportable, a enfermedad y a rencores podridos. La música crece, apoteósica. Todos se arrodillan ante ella, poniéndose unas modernísimas gafas de sol. JUAN, que no las posee, se cubre con la mano. El brujo improvisa algo con su libro de las herramientas. Luces de flashes retumban en los ojos de la Loca Juana, provocando espantosos truenos. Gorgona saluda y sonrío babeante de lava, mientras se precipita sobre su trono, en toda su majestuosa arquitectura. Su hijo Pegaso se eleva entre los presentes y relincha a sus pies.)

LA MEDUSA.- (Hace un gesto para que todos se levanten. Cesan los redobles y todo lo que sobrevivió al seísmo, suspira aliviado. Sus fauces hacen ecos radiofónicos del discurso.) ¡Feliz noche, pueblo de Petrópolis! Nunca la Historia recordará un verano como este, lleno de gestos gloriosos. ¡Por fin la segunda edad de piedra! ¡Por fin el fin y el retorno al principio! Ya no queda amor, ya no queda vida... todo está al gusto de mi realengana gana. (Ríe.) A ver, a ver... qué celebridades tenemos entre nuestros distinguidos invitados... ¡Ah, sí!... ¡La Madrugada! ¿Cómo me quedará ese manto chamuscado? (Risas.)

LA LUNA.- Quizás sea tu sudario, ¡Gorgona marrana!

LA MEDUSA.- ¡Y la siempre ácida Luna! (Aullidos infieles.) ¿Cómo estáis? ¡Parecéis un queso!

LA LUNA.- Has excavado en mi suelo tu tumba en blanco y negro. En venganza ya no te diré lo que veo con mi cara okulta.

LA MEDUSA.- ¡Ni a mí ni a mis invitados nos interesa! Así que calla. ¡Y no le ofrezcáis tabaco! ¡Que sufra! ¡Ah! También veo allá a lo lejos al brujo de Caldas, a nuestro ogrutamard... ¡No os perdéis ni una! Observo que estáis

bien acompañado, ¿no? **(Metomentodo.)** Pensé que preferíais los pumas... a los lobos... **(Aullidos de celos.)**

OGRUTAMARD.- **(Aún con la pipa en la mano, humeante.)** Es mi joven aprendiz, majestad. En cuanto a mí, estaba ya tan harto de cafetales, que...

LA MEDUSA.- **(Desagradable.)** ¡Callad, que en platicar no tenéis medida! ¡Y apagad esa pipa! En mi civilización está absolutamente prohibido fumar... **(A LA LUNA, mala.)** ¿Verdad? **(Aullidos y sinrazones.)**

LA LUNA.- **(A los lobos.)** ¡Ay, lobitos de la Tierra! Ya me aullaréis cuando llegue el plenilunio... ¿Acaso no sabéis que hay un lobo de mar entre vosotros? **(Aullidos de desconfianzas y recelos.)**

LA MEDUSA.- **(A los lobos.)** ¡No le hagáis caso!**(A LA LUNA.)** He pensado dejarte siempre menguante, para que no ilumines excesivamente las avenidas de Petrópolis... ¡la ciudad que he esculpido para morir! **(Música de película de romanos. Dos telones se abren a cada extremo del salón, dejando ver la inmensa ciudad, sus templos, sus laberintos, sus calles oscuras y sus cementerios. Todos aplauden, exaltados.)**

JUAN.- **(Susurrando.)** ¡Jamás vi un mausoleo tan estrambótico!

OGRUTAMARD.- **(Guardando la pipa.)** ¡Necrópolis debía llamarse mejor!

QUITAPENAS.- ¡Y ni un sólo árbol que mordisquear, ni un sólo parque!

LA MEDUSA.- Hermosamente cadavérica, ¿verdad? ¡Cientos de miles de esclavos enamorados han pulimentado con su sangre esta maravilla que lego a la Historia! **(Suspira.)** ¡Qué pena de amores imposibles!, ¿no? **(Ríe.)** ¡Nada mejor que bautizar entonces esta noche de prodigios con la sangre de otro enamorado! ¡Que comience el sacrificio!

(Música. Del cielo o del infierno o de los tres sitios, surge un enorme reloj de arena, cuyos extremos son dos recipientes en forma de corazón. En un lado de ellos, el vacío, yace encerrado al revés, herido y torturado, el lobo SINVIVIR. Todos gritan y le insultan. JUAN parece que va a estallar. El brujo lo delata y le agarra con fuerzas para evitar que se lance a salvarlo.)

LA MEDUSA.- ¿Qué es lo que veis ahí? ¡Un traidor! ¡Un reclamo! ¡Un absurdo lobo enamorado! (**Finge lacrimosa pena.**) Aquí tenéis mi corazón, mi reloj de arena...ahora está lleno de dolor, porque uno de los favoritos de mi Lupanar me ha engañado y se ha levantado contra mí. ¡Oh, qué desafortunada tarea esta de ser justa, cuando siempre he preferido lo contrario! ¿Por qué lo hiciste Sinvivir? ¿Por quién nos has abandonado? Ya que no mataste por amor, a ver si viene a salvarte ahora tu enamorado... (**Carcajadas.**) ¡Que empiece la cuenta atrás!

(Los guerreros hacen girar el reloj. SINVIVIR cae dentro del recipiente y empieza a ser sepultado lentamente por toneladas de arena, por los más de cinco mil millones de años de vida, pesares y amarguras de LA MEDUSA. Golpea y grita, sin ser oído, sobre las paredes de cuarzo. JUAN se revuelve, frenético.)

¿Dónde está mi prometido? Aquí le ofrezco mi corazón. Si no acude a tiempo, Sinvivir le hará por fin honor a su nombre y morirá sepultado. (**Melodramática.**) Pero si no viene antes de que toda la arena pase de un recipiente al otro, entonces mi corazón se detendrá y moriré yo. (**Todos resoplan imperceptibles gemidos y buscan entre el genúo a JUAN. MEDUSA súbitamente agría.**) ¡Y todos habremos muerto en vano!

JUAN.- (**Entre dientes.**) ¡Las tres cosas, maldita! ¡Tres veces te mataré!

OGRUTAMARD.- ¡Le amas! ¡A Sinvivir! ¡Siempre le has amado!

JUAN.- (**Frágil, desesperado.**) No puedo ocultarlo más. Le amo más que a mi vida. Siento haberte mentado, ogrutamard. ¡Pero necesito que me ayudes a salvarle! ¡Te lo suplico!

OGRUTAMARD.- Desdichado Juan. ¡No hay ya salvación! ¡Tu promesa has de cumplir, sin remedio!

JUAN.- ¿De verdad he de morir besando a la Medusa?

OGRUTAMARD.- Lo has sabido siempre. Está escrito en el libro y en tu corazón. ¡Dale tu momento de amor a Gorgona y salva al mundo!

JUAN.- (**Estremecido. Llorando.**) Es el fin, mi sino: morir de amor. Todo está perdido. (**Mira a SINVIVIR llorar y arañar el cuarzo.**) ¡Mi desgraciado Sinvivir! No podré quererte, ni mis sueños serán y a nunca tuyos. ¡Adiós! Moriré

diciendo tu nombre: Sinvivir. Moriré sin vivir y, si por amor he de morir, por tu amor moriré matando. (**Valiente, gallardo.**) ¡Quitapenas, ven a mí!

QUITAPENAS.- (Llegando) Mi señor... no sabía que estuviéseris enamorado. Con razón o sin ella, ya decía yo que os veía como hechizado. ¡Y de un lobo! ¡Qué raros son los que son sólo humanos!

OGRUTAMARD.- (Rebuscando en su libro, golpea a las señales de malos humos que salen de él.) ¡Muerde los cascos de tu caballo! ¡Rápido!

JUAN.- ¿Qué?

QUITAPENAS.- ¡Eso nunca! ¡Que no me los he lavado!

OGRUTAMARD.- Dale al menos un trozo de tu mágica herradura y que se la trague. Así, todo lo que bese, florecerá. ¡Fuera esos zapatos!

JUAN.- ¡Buena idea! (**QUITAPENAS, avergonzado, se descalza y le da un trozo de una de sus herraduras. JUAN la traga como puede.**) ¡No sé como haces crecer la hierba con esto! ¡Qué asco! (**Dispuesto.**) ¡Gracias, brujo! (**Sube a los lomos de QUITAPENAS.**)

OGRUTAMARD.- ¿Tienes miedo ahora?

JUAN.- ¡El justo para ser valiente! (**Clava sus espuelas en el centauro, que aúlla de dolor. JUAN desenvaina su espada.**) ¡Aquí estoy, Medusa!

LA MEDUSA.- (Abriendo todos sus ojos, solidificada de gozo.) ¡La presa ha picado!

(**Varios guerreros arremeten contra JUAN, que lucha embavecido y acaba dando muerte a unos cuantos. QUITAPENAS le protege con su escudo. Cunde el pánico. Del libro de los deseos empiezan a brotar cigarrillos sin que OGRUTAMARD pueda evitarlo. Algunos de los invitados se lanzan a cogerlos y los encienden, fumando desesperados. SINVIVIR observa la escena aterrorizado.**)

LA MEDUSA.- ¡No le matéis aún, perros, que tengo que probar sus labios!

(**El combate es atroz. JUAN brilla como SAN JUAN DE LA CRUZ, que consuela desde fuera a SINVIVIR, dándole la extrema unción.**)

LA LUNA.- (Infantil, a LA MEDUSA.) Yo ya lo sabía, pero como me tienes enfadada, no te lo dije.

LA MEDUSA.- ¡Maldita seas, Luna, que juegas con ventaja pues conoces todos los secretos y los amores oskuros!

LA MADRUGADA.- ¡Es valiente ese corsario! **(Suspira olor a quemado.)** ¡Lástima de destino este que nos ha tocado! **(Un sastre la pincha, odioso.)** ¡Ay!

(Una orquesta de Escorpiones acaricia con sus agujones una gran arpa que tintinea triste. Si entre el público dormido hubiese algún lobo al que le dolieran las cicatrices, tiene el derecho de aullar y también de irse.)

LA MEDUSA.- (Ríe, viendo luchar a JUAN, pero con cierta melancolía.) ¡Ay, qué infiernos conoce aquel que asciende a los cielos del amor! ¡Qué hermoso habéis acudido a vuestras nupcias, Juan! **(Risas.)**

JUAN.- (En frenética lucha.) ¡Presto he venido, Señora, a remover en vos viejos cimientos de piedad!

LA MEDUSA.- ¿Piedad? ¡Ya no me queda! Ni tuve, ni quiero ni trates de serme gentil; que no son mis pies de barro...

(Pegaso, con sus coces, derriba por la espalda a QUITAPENAS. Jinete y montura caen al suelo. Carcajadas de LA MEDUSA y de los pocos que le quedan fieles. Los que siguieron fumando, han visto cómo sus cigarrillos se fueron transformando mágicamente en flores y se han quedado de ellas prendados. OGRUTAMARD debe estar haciendo de las suyas...)

QUITAPENAS.- (A Pegaso.) ¡Repipipenco! Si no fueses el bastardo de un dios ni tuvieses esas ridículas alas, no serías más que un vulgar asno. ¡No vale hacer trampas!

(Los guerreros consiguen, mediante zarpazos y redes, reducir al centauro y arrinconar a JUAN hasta la base del reloj. No tiene escapatoria.)

LA MEDUSA.- (Cínica.) Me tienes maravillada con tanta demostración de fuerzas, Juan. ¡Ya nos has dejado constancia de que eres, de todos los hombres, el más valiente! El desamor se nutre de cobardes, pero tú... tú... eres... ¡Un poeta! ¡Un romántico! **(Parateatral.)** ¡Cómo me gustas! ¡Ven! ¡Ven que te bese! **(Ríe.)**

(JUAN, exhausto del combate y sin salida, se vuelve hacia el cristal del reloj y se quita la máscara para ver por última vez a su amado. SINVIVIR, casi ya cubierto de arena, le reconoce y pega sus garras contra el cuarzo, marcando sobre él las huellas ensangrentadas de sus almohadillas. JUAN le imita. Furioso, golpea el reloj con la espada tratando de romperlo pero, vencido, acaba dándole puñetazos. Lloro desconsolado.)

OGRUTAMARD.- ¡Oh, no, muchacho! ¡No te quites la máscara!

LA MEDUSA.- (Sacando las lenguas y estirando imposiblemente los brazos hacia JUAN.) ¡Así me gustas más! Vas a hacer que en ciertos valles de mi geografía empiecen a derretirse las nieves eternas... **(Risas.)**

(Los amantes giran cada uno a un lado del tiempo, besándose a través del cristal y siguiendo paralelos el trayecto de sus manecillas.)

LA LUNA.- A tu edad, querida, y con esa pinta, ya no sales de la última glaciación...

(LA MEDUSA catapulta a la cabeza de LA LUNA un afilado bifaz provocándole encima, al ya demente satélite, un derrame cerebral y un chichón. Le duele, naturalmente.)

JUAN.- (Moqueando penas.) Sin vivir yacía yo antes de conocerte, dulce lobo, y sin vivir tengo que amarte. Ahora lo comprendo todo. Ahora ya sé lo que hace enormemente más fuerte que todas las batallas o las múltiples sinrazones de este mundo. **(Saca la rosa, casi aplastada, se la muestra a SINVIVIR que, masculla palabras sin que se le oiga.)** Espérame en la ladera, Sinvivir, que yo acudiré a tu encuentro.

LA MEDUSA.- (Hace enmudecer todas las arpas y los deslizamientos.) ¡Oh, cuántas veces escuché yo eso! ¡Ja! (Ridícula, imita otras voces más chillonas, mezclándolas en sus gargantas, burlándose.) ¡Te querré hasta el último día de mi vida! ¡Hasta que la muerte nos separe! ¡Te quiero más que a mi vida! ¡No te dejaré nunca! ¡Te amaré para siempre! ¡Nuestro amor será más fuerte que la muerte!... (Escupe saliva, matando a algunos de los suyos.) ¡Tonterías! ¡Mentiras! ¡Sólo súbitos calambres! Después, toda esa luz se convierte en palabras incumplidas que martillean la barriga cuando son recordadas, en oscuro dolor de pecho, en pústulas... ¡en nada!

JUAN.- (Furioso.) ¡No! ¡No es amor nada de eso! ¡Tuviste mala suerte, Gorgona! ¡Te equivocaste! Quizás fuiste demasiado feliz y provocaste la envidia de algún otro dios celoso... Pero no mancilles con tu dolor el mío. Yo soy capaz de morir de amor y para eso he venido, pero tú te has encerrado en tus rencores y no haces otra cosa que padecer, que vomitar dolor y odio. ¡Eres más desgraciada y más cobarde que yo, por lo tanto, a ti también te venzo! Mátame de amor, ¡vamos!, que aquí te espero. Prefiero morir y sin vivir, que sin vivir muriendo.

LA MEDUSA.- ¡Una diosa odiosa y envidiosa fue la perfidiosa que me desindiosó! ¡Atenea, que parece tonta! ¡Y sabe martirios! ¡Ella fue quien me condenó a la muerte a manos de un endiosado Perseo, más cejijunto que feo, cortándome mi bella testa. Y ¿sabes por qué? No por que yo fuese infinitamente mucho más hermosa que ella, lo cual era escandalosamente evidente y la ennegrecía, no, sino especialmente porque su adorado Poseidón me fornicaba en un templo consagrado a ella... ¡Ridícula fundamentalista! Pero no duele menos este calvario interminable al que me he visto estrellada, con tan mala mala suerte... (Triste, sincera.) Por que, créeme, Juan, yo amé y amaba como tú, y no me merecía tan cruel sino.

SAN JUAN DE LA CRUZ.- (En su trance.) Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón, qué sabes tu si tu apetito es según dios.

LA MEDUSA.- ¡Que cruz de Santo este otro Juan!

SAN JUAN DE LA CRUZ.- (A MEDUSA, lleno de luz.) El alma dura en su amor propio se endurece.

LA MEDUSA.- ¡Vuelve a tu cenobio, santo, si es que ya has acabado de darle la unción a ese mártir! ¡Menos mal que vuelven conmigo tiempos paganos! ¡Basta de chácharas, juanes! ¡Que se acaba vuestra noche! Y también la de ese lebreles esquizoide. ¡Mirad como agoniza el lobo!

(En efecto, SINVIVIR, casi totalmente sumergido en la arena, lucha desesperado por no extinguirse. JUAN no lo resiste.)

JUAN.- ¡Piedad, Gorgona, sed consciente! ¿No veis que estoy decidido a entregaros mi vida y mi amor? ¡Salvadle a él, os lo suplico! ¡Mirad que muere!

LA MEDUSA.- (Cruel.) Eso, mirad...¡Mirad como muere vuestro amor, a ver si sois tan valiente! ¡Mirad y ved como se hace, que mis labios os aguardan ya impacientes!

(SAN JUAN DE LA CRUZ, horrorizado, rubrica su característica firma sobre el pecho de JUAN y le da dos besos, felicitándolo. Luego se va renegando.)

JUAN.- (Llorando, viendo morir sepultado al lobo.) ¡Te quiero, Sinvivir! Perdóname por mi vida pasada y por todas estas inútiles crueldades. No te haré esperar más que el momento de dar a ese amasijo de odio, nuestro último beso.

(Todos los lobos aúllan la muerte de SINVIVIR y esconden sus rabos, avergonzados.)

LA MEDUSA.- (¿Conmovida en su último día?) No ladraron los perros cuando mis primeras pompas. ¡Ah, qué agonía esta que se amontona a otras y me mata por dentro!

LA LUNA.- Ese al que vas a desposar, dice muy bien las verdades. Cumple ahora tu extremo del pacto y bésale para matarle y rematarte. ¡Libéranos ya a todos de este nocturno tan funesto!

LA MEDUSA.- (Atrayendo hacia sí a JUAN, que tiembla sólo por detrás de los dientes.) ¡Ea, sí! Acabemos la noche muriendo. ¡Mi momento de amor, dramaturgo, te lo exijo! Ven conmigo Juan, y mira lo que yo estoy viendo.

OGRUTAMARD.- ¡Ahora lo petrificará, antes de morderlo! **(Antropólogo.)** ¡Estoy asistiendo a un acontecimiento mítico!

QUITAPENAS.- ¡Soltadme lobos! O dadme la vuelta al menos, que quiero ver al más valiente de los hombres alcanzar la eternidad. ¡Oh, mi señor! **(Los lobos le tuercen**

la cabeza. QUITAPENAS gime arrepentido.) ¡Oh, no!
¡Mejor no verlo!

JUAN.- (Perdiendo por momentos la movilidad de sus miembros.) Era lo prometido una deuda que pago con mi vida, Gorgona. Miro tus ojos y, aunque en estatua lentamente me conviertes, ¿sabes lo que veo?

MEDUSA.- Recita, poeta. ¡Delira!

JUAN.- Lágrimas secas, ocultando unos ojos bellos. Me veo a mí mismo reflejado, y lo que nunca ya podré ser. Incluso, como hasta los sentidos voy perdiendo, veo más allá de tu cara, y veo a mi rostro amado, a mi cachorro Sinvivir, pero de niño, y veo, entre delirios, la puerta de sus labios, que para mí se están abriendo. Ven, amor mío, que quiero unirme contigo y respirar el olor de nuestro último beso. ¡Ah, morir de amor, Sinvivir! ¡Por fin se cumple mi deseo!

(JUAN besa con tanta dulzura a la monstruosa Gorgona, con tanta miel y pasión hombruna, que los pilares de LA MEDUSA acaban cediendo. Se queda ella misma petrificada. Ruge tímidamente el subsuelo y algunas de las paredes se desconchan por el viento. Crece el musgo casi sin atreverse. Algunas de las cavernas de LA MEDUSA se cierran ya para siempre. LA LUNA queda desprendida de la gravedad de la reina e incluso LA MADRUGADA empieza a sudar por sus quemaduras y descosidos, un frescor de rocío mañanero.)

LA MADRUGADA.- ¡Ya está muerto! ¡Ambos cumplen lo que prometieron!

LA LUNA.- ¡Y todo está lentamente renaciendo! ¿No lo notáis?

OGRUTAMARD.- ¡Se ha consumado el juramento!
¡Pobre Juan Sin Miedo!

QUITAPENAS.- ¡Triste centauro vuelvo a ser, pero ahora sin la alegría de mi dueño! **(De sus pezuñas empieza a crecer con fuerza la hierba.)** ¿Qué es esto?

LA MEDUSA.- (Como una adolescente bienamada.)
¡Ah, qué bien me siento! **(Suelta a JUAN, que queda convertido en estatua.)** Por un momento mis labios han vuelto a ser de carne y he sentido ya olvidados epicentros. ¡Que hombre tan hombre y como ahora su muerte lamento! **(Descubre que el corazón de reloj está a punto de vaciarse de su contenido.)** ¡Y ya se acaba también mi tiempo! **(Lora.)** ¡Mis hijos! ¡Vuela Pegaso al Olimpo, y

anuncia mi advenimiento! **(Pegaso se eleva y desaparece entre el resto de las constelaciones.)** ¡Qué madre tan padre he sido! ¡Ay! ¡Muero otra vez sola!

LA LUNA.- **(Expulsando a los lobos que, ahora, la adoran. Se eleva de nuevo.)** ¡Y fea, no se te olvide! ¡Hasta el último momento!

LA MEDUSA.- ¡Infeliz de mí, qué mal serví y qué último bien me ha sido dado! ¡Siento que quiero cambiar mi testamento! Pero, ya, apenas me queda tiempo... **(Deja súbitamente de hablar, algo que le atraganta se lo impide. Empieza a vomitar flores de colores por las bocas.)** P.. pedo...¿qué edz edzto?...

(Y eso es que un sentimiento de vida nueva va recorriendo el bosque, devolviéndole su aliento. Se agrietan los suelos, dejando salir de nuevo a las llamas azules de la noche. La vegetación empieza a abrirse camino entre los dormidos y los muertos, resucitando después del letargo de LA MADRUGADA que, aunque llena de remiendos, se extiende libre por el reino. Se rompen las prisiones de las plantas, de LAS MADRESELVAS, LOS NARDOS, LAS DAMAS y LOS GALANES DE NOCHE, que despiertan en infantiles movimientos. Los lobos y el resto de los invitados están maravillados. Hasta LA MEDUSA va perdiendo sus extremidades y lentamente pereciendo.)

OGRUTAMARD.- ¡Cuánta energía posee la vida! ¡El amor ha vuelto!

LA MEDUSA.- **(Recogiendo sus propias flores regurgitadas, llora de felicidad.)** ¡Qué beso mágico me diste, Juan, que al morir, inmortal por fin parezco! ¿Cómo se te ocurrió regalarme tu vida, tu amor y estas hermosas flores al mismo tiempo?

LA LUNA.- Las tres cosas hizo. ¡Qué sabio caballero!

LA MADRUGADA.- ¡Farsa, fábula y cuento! ¡Ay, amor de lobo!

LA MEDUSA.- ¡Que amor tan bueno! Perdones pedir ya no puedo, ni el reloj me espera ni me aguarda el consuelo. Todo se aprende en el último momento. Pero antes de expirar, déjame cumplir en tu libro, dramaturgo, un deseo postrero.

(MEDUSA, agonizante, devuelve la vida a JUAN, que cae de rodillas ante la cada vez más inestable Gorgona. La reina extiende sus dos brazos y se los ofrece al joven, abriéndose helénicamente las venas -pues goza ella de ese derecho por stirpe- y dándole a beber.)

OGRUTAMARD.- ¿Lo ha resucitado para volver a matarle?

LA MADRUGADA.- ¡Milagro!

LA LUNA.- (Expectante.) No conocía yo esta faceta tuya Medusa, tan delirante.

LA MEDUSA.- Juan, ya sabes como yo lo que duele volver del mundo de los dormidos. Puede ser esta tu última madrugada o la primera de cientos. Ahora escúchame, que me precipito en el abismo, y no puedo irme sin agradecerte todo lo que, en un sólo instante, contigo he aprendido.

JUAN.- Después de haber muerto, ¿qué me falta por vivir?

LA MEDUSA.- Un acertijo.

JUAN.- ¿Un acertijo? Sea.

LA LUNA.- ¡Qué retorcida es! ¡Dale ya lo que quiere al chiquillo!

LA MEDUSA.- Mira estos ríos de negra sangre que son mis últimos latidos. Uno de esos ríos, lleva a la muerte inmediata, el otro, por el contrario, posee el don de volver a los muertos vivos. Ambos ríos nacen en un mismo corazón y...¡ya ves!... cuán distintos pueden ser los sentimientos. Decide de cual has de beber y dime adiós, hasta mejores tiempos, amigo...

JUAN.- Después de lo perdido, todo lo que venga, mi destino reafirmará. Pero antes, permitidme que os bese de nuevo. No será mi odio lo último que vean esos ojos vuestros de esmeralda, aquellos que fueron un día buenos como los míos... ¡amiga!

(JUAN vuelve a besar delicadamente a MEDUSA en los labios. La Gorgona, que está a punto de derrumbarse, tiembla con los miedos de los ángeles caídos. JUAN elige la mano izquierda de la reina y, justo cuando va a beber de esa sangre, la Gorgona lo evita con un último esfuerzo y le ofrece la derecha, en un inesperado y extremo acto de amor.)

LA MEDUSA.- ¡Siempre eliges morir, guerrero! Decide vivir ahora, te lo suplico. (JUAN bebe y llena su boca del líquido. El reloj agota su cuenta atrás.) ¡Por fin vivo!

(Y muere al instante, desplomándose entera y convirtiéndose en montaña. JUAN se desliza por los aludes de piedras hasta llegar al reloj. Todos están admirados de los acontecimientos y del valor del chico. JUAN, con los mofletes inflados de sangre, lanza su espada enfurecido contra el cristal, ya débil y fallecido, resquebrajándolo. El resto de los lobos, solidarios, le imitan y le ayudan a hacer explotar el recipiente del reloj. El corazón de la MEDUSA cede, y estalla en miles de fragmentos de piedras preciosas. La arena se extiende por el suelo y JUAN saca de entre los escombros el cuerpo de SINVIVIR. Aparta suavemente la arena de su rostro. Sobre la duna en la que yacen los amantes, crecen rosas del desierto. JUAN besa delicadamente a SINVIVIR y le vierte la sangre de la MEDUSA dentro. El lobo despierta tosiendo y vomitando.)

JUAN.- (Ayudándole a renacer, grita, acabando por llorar.) ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

(El resto de los licántropos aúllan, se revuelcan y se aparean felices por el bosque. Nada queda ya del palacio y, sobre las ruinas de Petrópolis, que han de permanecer para la Historia, se deslizan las lianas de madre selvas y los jazmines. Vuelven a volar las LUCIÉRNAGAS, haciendo intermitentes tirabuzones, y todas las criaturas que son de amor y de naturaleza.)

SINVIVIR.- ¡Bendito seas, Juan Sin Miedo! (Se abrazan y giran entusiasmados.)

(Entre todos improvisan, con los andamios del reloj, una mágica hoguera al pie de la montaña. El brujo OGRUTAMARD saca todos sus chascarrillos y tenderetes e inaugura su taberna ambulante, llena de jugos exóticos y de milagrosas recetas.)

OGRUTAMARD.- (En su oficio.) ¡Mágica Noche de San Juan, damas y caballeros! ¡Conozca su futuro! ¡Deje que le adivine el pensamiento! El brujo de Caldas sana a los

enfermos, echa las cartas y sabe leer todas las arrugas del cuerpo. ¡Mágica noche de San Juan, damos y caballeras! ¡Visiten nuestro mercado de maravillas! ¡Compren siete olas de mar para saltarlas y un paquetito de supersticiones al peso! ¡Incomparables precios! Pidan todos su más preciado deseo. ¡Mágica noche de San Juan, damas y caballeros!

(El brujo se hace de oro, repartiendo manjares a cambio de flores y caramelos. Suenan músicas de mares y de cielos. Los duendes y las hadas, los amorcillos y los faunos, el mundo entero, danza en verano la noche más opuesta del invierno. Y hasta en las antípodas, donde los bosques y las selvas se habían incendiado, vibra el planeta en plena fiesta y renacimiento.)

QUITAPENAS.- (Relinchando ante su dueño.) ¡Por fin me tenéis contento! Pero para no perder la costumbre, otro lamento os elevo: ¡Buscadme una nueva herradura, que hay un pie que ya ni siento! **(Risas.)**

LA LUNA.- Poetas del mundo, locos y enamorados sois y yo vuestro espejo de sueños. Me voy a fumar un cigarro, ahora que por fin ya puedo...

(Los lobos, que también derivaron en zorros, le ofrecen cigarrillos a LA LUNA, melosos y conquistadores. LA LUNA fuma por todos sus cráteres, provocando tracas y petardeos...)

LA MADRUGADA.- En deuda estoy contigo, Juan, y cumplir debo otro de tus deseos. ¡No madrugues más y goza de largos adormecimientos!

JUAN.- (Agarrado a su compañero. Regalándole un brindis.) No me privéis de vuestra trémula hermosura, que quiero veros y que veáis mis nocturnos llenos de besos.

SINVIVIR.- (A JUAN, arabesco.) Yo te haré vivir siestas tan apasionadas que no querrás ni despertar del ensueño. ¡Conviértete conmigo en hijo de la Luna y vive perdido con los míos, entre hielos y bosques eternos! Déjame desposarte, beber tu sangre de héroe, y entregarte los poderes de la tierra, haciéndote mi licántropo preferido.

JUAN.- Sea lo que siempre he sido. Un lobo en el amor y un hombre para protegerte. Ya no temo a nada que venga de ti y tu mordisco te suplico.

SINVIVIR.- Te dolerá.

JUAN.- ¡Más duele el olvido! (**Ofrece valiente su pecho.**)
¡Mátame de amor, que contigo quiero morir de viejo!

(**SINVIVIR besa a JUAN y, acto seguido, le abre en el pecho un camino hasta el corazón, devorándose hasta el delirio.**)

SINVIVIR.- ¡Amante! ¡Hermano! ¡Amigo! (**Aúlla enamorado y en celo, abrazando a JUAN, que desfallecido y feliz, le imita entre gemidos. Todos ríen y aúllan poniendo a la LUNA desorbitada de deseos.**)
Felicidades, Juan. ¡Bienvenido!

TODOS.- ¡Felicidades, Juan!

JUAN.- Gracias a todos, y a los presentes homónimos, y al mundo entero... ¿sabéis lo que os digo? Que el lobo Juan, en el futuro, ya no temerá a nada más que a su sombra de hombre... y esa... (**Enseñando los recién nacidos colmillos y los ojos amarillentos.**) ¡Esa ya casi la he perdido! (**Ríe.**) ¡Vaya a noche negra esta de mi santo!

(**Todos danzan alrededor del fuego, ebrios y divertidos. Hasta los otros santos varones y el TENORIO, se suman al baile, febriles de aromas de verano, de pasiones y de fantasías de niños. LA MADRUGADA, silenciosa como sólo ella sabe serlo, va dorando de perlas a los feriantes y les invoca a un escalofrío de letargos. Queda poco para el amanecer y, lentamente, las parejas y los tríos caen embriagados de amoríos. Bostezan la flora y la fauna del bosque y clama a acabarse la noche más larga. El brujo se sale de su caracola y reptá, desnudo, por la montaña hasta alcanzar LA LUNA, rielando con su estela de babas y de versos, un mar de laberintos.**)

LOS NARDOS.- (**Adormecidos.**)

Somos un poco más viejos
¡pero cuánto hemos aprendido!

LA MADRUGADA.-

¡Ssssssh! ¡A dormir, mis flores!
Llegan los recién nacidos
y os despertarán mañana

con sonajeros y soles.
Nuevos, los amaneceres
vienen llenos de júbilo.
Que no madruguen las flores,
sus pétalos dejen dormidos.

LAS MADRESELVAS.-

Con nuestras varitas mágicas
haremos leche con miel
para que cuando despierten
todos tengan que comer.

LAS LUCIÉRNAGAS.-

Nosotras nos turnaremos
para alumbrar el camino.

LOS GALANES DE NOCHE.-

Y nosotros haremos guardia
para que los amantes
puedan amarse tranquilos.

LAS DAMAS DE NOCHE.-

¡Cuanto verano aún nos queda!
Por vivir y ser vivido.

LA MADRUGADA.-

¡Que ya amanece!
¡Venga!
¡Hacedme sitio!

(LA MADRUGADA se derrama en océano sobre la naturaleza, formando de la montaña una tropical y colorida isla, en la que hay una casa y un jardín con ballenas que cantan. En las orillas crecen rosas, caprichos y delirios de grandezas. Los primeros rayos del Sol y las brumas de la mañana sorprenden a LA LUNA, que encendía un nuevo y largo cigarrillo. Una convulsión estremece al mundo.)

LA LUNA.- ¡Amanece! ¡Me vuelvo a mi órbita que la Tierra vuelve a moverse!

OGRUTAMARD.- (Sacándose el reloj de la barriga.)
¡Comienzan a correr otra vez los tiempos! ¡Por fin, horario de verano! Invítame a un último cigarro contigo, Luna, ya que hasta aquí he subido.

LA LUNA.- (Ofreciéndoselo encendido.) Así me gusta verte, dramaturgo, siempre con algún deseo incumplido.

OGRUTAMARD.- Dejar de fumar me ha sido imposible, pero ya vendrán más noches imposibles como esta.

LA LUNA.- (Riendo.) ¡Me mareas con tus utopías, ogrutamarD o viceversa! **(Con prisas.)** ¡Anda, pisa y apaga tú este pitillo, que ya me está quemando el Sol y si te sigo escuchando, me suicido!

(El brujo lo hace. En ese momento retumba la montaña, como si fuese a estallar. Salen algunos chorros del infierno y tras ellos, las voces y silbidos de LA MEDUSA.)

VOCES DE LA MEDUSA.- ¡Ay, cómo te odio, Luna, deja de fumar te digo!

LA LUNA.- (Evaporándose.) ¡Cállate fea y en otro cuento me lo cuentas! ¡Todo lo tienes bien merecido!

OGRUTAMARD.- (Bajando por la falda trasera de la montaña y desapareciendo en la esquinita de una enciclopedia.) ¡Igual me pasa a mí, que ande hacia donde ande, jamás tardo lo mismo y llego siempre al amanecer!

(Dijo al fin el DRAMATURGO, muerto de sueño y apagando también él su cigarrillo. Amanece, en efecto. Soplan vientos que huelen a campos y a conjunciones. Lo que nos queda por oír será el bostezo de la naturaleza que despierta, moribunda de amor, para abrir a los poetas del tiempo nuevos caminos en los que sobrevivir.

En la ladera de la montaña, una pareja de lobos -uno moreno y el otro de colores, casi negro y casi albino- retoza adormilada. Quedan sobre sus cabezas de rocío, el recuerdo de un sueño de verano y los lamidos con los que juegan a decirse, entre nocturnas miradas de legañas, secretitos de amor y caligrafías de susurros.

Y es en este instante, entonces, cuando el público puede despertar o, si lo prefiere, quedarse un momento más de amor dormido.)

**Y colorín
colorado...**

«Rosa del Mar». El Puerto de Santa María.
Madrugadas del verano de 1997.

FIN